



BOLETÍN GENERAL

MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN

JUNIO 2026

Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús. ¡Por siempre!

Queridos hermanos:

Os presentamos con gran alegría el Boletín General MSC, segunda edición de 2026, centrado en el tema 'Oración y misión'. Este tema nos recuerda que la vida y la misión de un Misionero del Sagrado Corazón nunca pueden separarse de una relación profunda con el Señor. La oración no es meramente una actividad espiritual que complementa nuestra labor misionera; más bien, es la fuente misma que da vida, orientación y sentido a todo nuestro ministerio. De un corazón arraigado en la oración brota el celo por hacer presente el amor del Sagrado Corazón de Jesús en nuestro mundo. En esta edición, se nos invita a escuchar los testimonios de hermanos de diversas entidades que comparten sus experiencias de vivir una vida de oración en medio de los retos y las realidades del servicio misionero. Sus historias revelan que, a través de diferentes culturas, circunstancias y ministerios, Dios sigue obrando a través de corazones que permanecen abiertos a escuchar y seguir su voluntad.

Este boletín continúa también la serie sobre la Espiritualidad del Corazón, elaborada por la Comisión de Formación Permanente. Esperamos que estas reflexiones profundicen nuestra comprensión del carisma MSC y nos animen a continuar la transformación constante de nuestros corazones, para que toda nuestra vida se convierta en una expresión viva del amor de Dios hacia los demás.

Como siempre, esta edición también trae noticias de la vida de nuestra Congregación en todo el mundo. Encontraréis informes sobre las celebraciones de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, así como diversas actividades compartidas con la Familia Chevalier y las comunidades MSC en diferentes entidades. Que estas historias refuercen nuestro sentido de fraternidad y renueven nuestra conciencia de que caminamos juntos, unidos en una misma misión e inspirados por un mismo espíritu.

Por último, queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento y reconocimiento a nuestro equipo editorial —Javier Trapero, Roy O'Neill MSC y Simon Lumpini MSC— por su dedicación, colaboración y perseverancia en la elaboración de esta publicación.

Les deseamos una lectura agradable y enriquecedora.

| Fransiskus Bram Tulusan, MSC |

Homilía para la Solemnidad del Sagrado Corazón

Casa General

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año celebramos esta solemnidad y escuchamos hermosas palabras sobre el Corazón de Jesús. Y eso es bueno. Pero quizá hoy el Señor quiera plantearnos una pregunta más profunda.

Vivimos una época fascinante. Nunca antes la humanidad había dispuesto de tanto conocimiento, de tanta tecnología y de una capacidad de comunicación tan extraordinaria. Podemos hablar al instante con personas que están al otro lado del mundo. Tenemos acceso a una cantidad casi ilimitada de información. Incluso estamos empezando a convivir con formas de inteligencia artificial que prometen ayudarnos a pensar con mayor rapidez, a tomar mejores decisiones y a resolver problemas cada vez más complejos.

Y, sin embargo, me pregunto si el verdadero peligro de nuestro tiempo no es la inteligencia artificial. Quizá el verdadero peligro sea el corazón artificial. Un corazón que sigue latiendo, pero que ya no siente. Un corazón que analiza, pero que ha dejado de conmoverse. Un corazón que calcula, pero que ya no sabe amar. Un corazón que se vuelve eficaz, pero incapaz de compadecerse.

Y quizá, para nosotros, como personas consagradas, exista un peligro todavía más sutil. El de una espiritualidad artificial. Una espiritualidad que conserva los gestos, pero pierde el encuentro. Que mantiene las estructuras, pero pierde la intimidad. Que conserva las palabras, pero pierde la pasión. Que continúa sosteniendo la misión, pero olvida el amor del que nació.

Una espiritualidad que sigue hablando del Corazón de Jesús, pero que ya no se deja tocar por Él. Por eso la solemnidad del Sagrado Corazón sigue siendo hoy tan actual. Porque el Corazón de Jesús nos recuerda algo que el mundo contemporáneo corre el riesgo de olvidar: el centro de la vida no es la inteligencia; el centro de la vida es el amor.

La segunda lectura lo expresa con una sencillez extraordinaria: «Dios es amor».



No dice que Dios tenga amor.
No dice que Dios enseñe el amor.
Dice que Dios es amor.

Y si Dios es amor, entonces la pregunta decisiva para nosotros no es cuánto sabemos, cuánto producimos o cuánto conseguimos. La verdadera pregunta es cuánto amamos.

Hace apenas unos días, en nuestra carta para esta solemnidad, recordábamos una frase sencilla, pero profundamente evangélica: «La esperanza no es transaccional; nace de relaciones significativas y duraderas». ¡Qué contracultural resulta escuchar esto hoy!

Vivimos en una sociedad donde todo corre el riesgo de convertirse en un intercambio.
Las relaciones.
La política.
La economía.
La Iglesia.
Incluso la misión.
Pero el Corazón de Jesús rompe esa lógica.

Él no ama porque reciba algo a cambio.
No ama porque obtenga resultados.
No ama porque sea lo más eficaz.
Ama porque esa es su propia naturaleza.
Ama hasta el extremo.
Ama gratuitamente.
Ama incluso cuando no hay recompensa.

Por eso el Evangelio de hoy siempre me conmueve profundamente. Jesús nos dice:

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón».
No dice: aprended de mi inteligencia.
No dice: aprended de mi poder.
No dice: aprended de mis estrategias.
Dice: aprended de mi corazón.

Y creo que ahí se encuentra uno de los mayores desafíos para nosotros como Misioneros del Sagrado Corazón.
Hablamos con frecuencia de la misión.
Hablamos de las estructuras.
Hablamos de la formación.
Hablamos del liderazgo.
Hablamos de los proyectos.
Y es necesario hacerlo.

Pero, a veces, me pregunto qué ocurriría si, mientras seguimos haciendo todas esas cosas, perdiéramos el corazón.
Seguiríamos teniendo comunidades.
Seguiríamos celebrando reuniones.
Seguiríamos elaborando planes pastorales.
Seguiríamos celebrando Capítulos y Conferencias.
Seguiríamos ofreciendo programas de formación.

Pero ya no seríamos aquello con lo que soñó Jules Chevalier
Porque nuestro Fundador no soñó con una Congregación eficiente.
Soñó con una Congregación capaz de revelar al mundo el amor del Corazón de Jesús.
Y eso es mucho más exigente.

El papa León XIV nos recuerda que una de las grandes tentaciones de nuestro tiempo consiste en levantar una nueva Babel: un mundo cada vez más poderoso, más eficiente y más sofisticado, pero no por ello más humano.

La pregunta para nosotros es muy sencilla:
¿Estamos construyendo Babel o estamos ayudando a reconstruir Jerusalén?
Porque Jerusalén se reconstruye cada vez que las personas vuelven a encontrarse.
Cada vez que aprenden de nuevo a escucharse.
Cada vez que vuelven a confiar unas en otras.
Cada vez que descubren que la fraternidad vale más que el individualismo.

Cada vez que ponemos la misión por delante de nuestros intereses personales, reconstruimos Jerusalén.
Cada vez que elegimos la fraternidad en lugar del aislamiento, reconstruimos Jerusalén.
Cada vez que escuchamos con respeto a quien piensa de manera diferente, reconstruimos Jerusalén.
Cada vez que tenemos el valor de pasar de la cabeza al corazón, reconstruimos Jerusalén.

Y quizá esta sea una de las misiones más urgentes de la Familia Chevalier en nuestros días.
No solo enseñar doctrinas.
No solo administrar instituciones.
No solo mantener nuestras obras.

Sino ayudar a la humanidad a no perder el corazón.
Ayudar a las personas a seguir siendo verdaderamente humanas.
Ayudar a los jóvenes a descubrir que la ternura no es una debilidad.
Ayudar a la Iglesia a recordar que la autoridad, sin amor, termina convirtiéndose en poder.
Ayudar al mundo a comprender que la verdadera grandeza no consiste en dominar a los demás, sino en amarlos.

Queridos hermanos y hermanas, quizá el viaje más largo siga siendo el mismo.
No es el viaje entre Roma y África.
No es el viaje entre Europa y Asia.
No es el viaje entre nuestras comunidades.
Es el viaje de la cabeza al corazón.

Y toda nuestra Espiritualidad del Corazón existe precisamente para ayudarnos a recorrer ese camino.

Por eso, en esta solemnidad, no pidamos al Señor un mayor éxito.
No le pidamos más poder.
No le pidamos más reconocimiento.
Pidámosle un corazón semejante al suyo.

Un corazón capaz de encontrarse con los demás.
Un corazón capaz de intimidad.
Un corazón abierto a la conversión.
Un corazón entregado a la misión.

Porque, al final, hermanos y hermanas, el futuro no lo salvará una inteligencia más poderosa.

El futuro lo salvarán corazones cada vez más semejantes al Corazón de Cristo.

Amén.

Mario Abzalón Alvarado Tovar, MSC.
Superior General

ISLAS DEL PACÍFICO

Fiji: Permanecer en su amor y renovar nuestra identidad MSC. Durante los primeros días de mayo tuve la alegría de visitar Fiji y acompañar el retiro anual del Distrito Sur de la Provincia MSC de las Islas del Pacífico (PPI). Participaron cohermanos en votos perpetuos y temporales, así como aquellos que se encuentran en las distintas etapas de la formación inicial, haciendo de esta experiencia un verdadero encuentro de familia MSC.

El retiro estuvo centrado en la invitación de Jesús a permanecer en su amor y dejarse enviar a la misión. A través de la oración personal, la Sabiduría Comunitaria y la reflexión compartida, profundizamos en nuestra identidad como Misioneros del Sagrado Corazón: hombres amados por Dios, bendecidos para ser bendición y llamados a hacer visible el amor compasivo del Corazón de Cristo allí donde somos enviados. En un tiempo de cambios y desafíos, fue una oportunidad para volver a las raíces de nuestra vocación y renovar nuestra pasión misionera.

Además del retiro, tuve la oportunidad de compartir con diversas comunidades parroquiales, visitar el Chevalier Hostel y encontrarme con muchos fieles que participan activamente en las misiones MSC. En cada uno de estos encuentros pude experimentar la vitalidad de la Iglesia local y el profundo aprecio que existe por la presencia de los Misioneros del Sagrado Corazón.

Me impresionó especialmente la fraternidad, la alegría y el compromiso de nuestros cohermanos y de las comunidades que acompañan. Fiji nos recuerda que la misión nace siempre de un corazón que se sabe amado por Dios y que, precisamente por ello, se pone al servicio de los demás. Fue una experiencia de gracia, esperanza y renovación para todos los que participamos.



Islas Marshall



Islas Marshall

Islas Marshall: Escuchar el océano, escuchar al pueblo. Mi visita a las Islas Marshall me permitió conocer una realidad única dentro de la presencia MSC en Oceanía. Situadas en medio del vasto océano Pacífico, estas pequeñas islas son un lugar donde la fe, la cultura y la vida cotidiana permanecen profundamente conectadas.

Durante la visita tuve la oportunidad de reunirme con los cohermanos MSC, animar a las comunidades parroquiales y fa-



Fiji



Nauru

cilitar un taller orientado a fortalecer la reflexión sobre nuestra identidad y misión en el contexto actual. Los intercambios estuvieron marcados por una gran sinceridad y por el deseo de continuar anunciando el Evangelio en una realidad que enfrenta desafíos sociales, económicos y medioambientales cada vez más complejos.

También fue significativo compartir con jóvenes, estudiantes y agentes pastorales. En cada encuentro percibí una Iglesia viva, cercana a las personas y comprometida con el futuro de las nuevas generaciones. Los MSC continúan desempeñando un papel importante en la vida de las comunidades locales, acompañando a las familias, promoviendo la educación y fortaleciendo la esperanza.

Las Islas Marshall nos recuerdan que la misión consiste, ante todo, en estar presentes. En medio de la inmensidad del océano, la presencia humilde y constante de los misioneros sigue siendo un signo concreto del amor de Dios. Regresé profundamente agradecido por el testimonio de nuestros cohermanos y por la calidez con que fui recibido por el pueblo marshalés.

Nauru: La fuerza de la misión en una pequeña nación. La última etapa de mi visita por Oceanía me llevó a Nauru, una de



Nauru

las naciones más pequeñas del mundo y, al mismo tiempo, una de las presencias misioneras más singulares de nuestra Congregación.

Durante mi estancia tuve la oportunidad de encontrarme con la comunidad MSC, celebrar la Eucaristía con los fieles, visitar la escuela Sacred Heart y dialogar con representantes de las autoridades civiles del país. En todos estos encuentros pude percibir el profundo aprecio que existe por la presencia histórica de los Misioneros del Sagrado Corazón en la vida de la nación.

Nauru enfrenta desafíos significativos derivados de su aislamiento geográfico y de las transformaciones sociales y económicas de las últimas décadas. Sin embargo, también encontré una comunidad llena de dignidad, resiliencia y sentido de pertenencia. La misión de la Iglesia continúa siendo un importante punto de referencia para muchas familias, especialmente a través de la educación, la vida parroquial y el acompañamiento pastoral.

Lo que más me impresionó fue comprobar cómo, incluso en los lugares más pequeños y alejados, el Evangelio sigue dando frutos. La misión no depende del tamaño de un país ni de la cantidad de recursos disponibles. Depende de corazones dispuestos a amar, servir y caminar junto a los demás. La experiencia de Nauru fue un recordatorio elocuente de que el Corazón de Cristo sigue latiendo en cada rincón del mundo, también en esta pequeña isla del Pacífico.

Abzalón Alvarado, MSC
Provincia de Centroamérica y México



Nauru

KENIA

Como parte de mi misión de acompañamiento a nuestras casas de formación, realicé una visita fraterna de diez días a la comunidad formativa de Nairobi, Kenia. El objetivo de la visita era encontrarme tanto con los formadores como con los estudiantes, valorar la vida comunitaria y el itinerario formativo, y alentar la misión educativa y espiritual confiada a esta casa.

Durante mi estancia, tuve la oportunidad de reunirme individualmente con todos los estudiantes y, más tarde, con el grupo. Estos encuentros ofrecieron una valiosa ocasión para escuchar el camino personal de cada uno, sus alegrías, desafíos y aspiraciones. Los estudiantes mostraron apertura, respeto y compromiso en su itinerario vocacional. La reunión comunitaria reveló también un fuerte espíritu de fraternidad y un deseo compartido de crecer juntos en la vocación y la misión.



También me reuní individualmente con los formadores y, más tarde, con ellos en conjunto, en un clima de diálogo fraterno y colaboración. Uno de los formadores estuvo ausente durante la visita, pues había viajado a su hogar tras la muerte de su padre y posteriormente permaneció con su familia durante un período de vacaciones. La comunidad le expresó su cercanía y apoyo fraterno en este tiempo de duelo.

A petición de los formadores, tuve la alegría de facilitar dos sesiones de reflexión y formación, ambas estrechamente vinculadas a nuestra vocación misionera y a la llamada a unir oración y misión en la vida cotidiana.

Con los estudiantes, el tema fue: 'La vocación MSC: sacerdote y hermano para una misma misión'. La sesión puso de relieve la complementariedad de las vocaciones dentro de la Congregación y la llamada común a vivir la Espiritualidad del Corazón al servicio de la misión. Se subrayó que la misión sólo puede dar fruto duradero cuando está profundamente arraigada en una vida de oración, comunión con Cristo y escucha atenta de su Corazón. Los diálogos revelaron el auténtico interés de los estudiantes por la identidad MSC y por la riqueza de nuestro carisma vivido en la diversidad de vocaciones.

Con los formadores, la reflexión se centró en el tema: 'La misión de los formadores hoy: acompañar con el Corazón de Cristo'. En el contexto actual de la formación, reflexionamos sobre cómo la misión del formador es, ante todo, un ministerio de acompañamiento inspirado en el mismo Cristo Buen Pastor. Un auténtico ministerio de formación exige que los formadores cultiven una sólida vida interior alimentada por la oración, la reflexión sobre la Palabra de Dios y la cercanía al Señor. Es de esta profunda relación con Cristo de donde



los formadores reciben la sabiduría, la paciencia y la disponibilidad necesarias para acompañar a los jóvenes en su discernimiento vocacional.

En conjunto, la visita reveló un ambiente comunitario positivo y sereno. Las relaciones entre formadores y estudiantes son sanas y están marcadas por el respeto mutuo. Los estudiantes conviven con espíritu fraterno y los formadores trabajan armoniosamente en su misión de acompañamiento. Esta calidad de las relaciones contribuye, en gran medida, a crear un entorno favorable para la formación humana, espiritual, intelectual y comunitaria.

También pude constatar el compromiso de los estudiantes con la vida comunitaria y su sincero deseo de responder generosamente a la llamada del Señor. Los formadores, por su parte, llevan adelante su misión con entrega y un fuerte sentido de responsabilidad. Aunque están presentes los desafíos ordinarios de la vida comunitaria y de la formación, se afrontan con madurez y espíritu de diálogo.

Doy gracias a Dios por el testimonio de fraternidad vivido en esta casa de formación. Esta visita fue una ocasión significativa de aliento mutuo y comunión con toda la comunidad. Expreso mi gratitud a los formadores y a los estudiantes por su cálida acogida, su disponibilidad y su sinceridad a lo largo de los encuentros.

Seguimos teniendo presente esta casa de formación en nuestras oraciones, pidiendo al Señor que acompañe a cada miembro en su camino vocacional y fortalezca la misión formativa confiada a esta comunidad.

Simon Lumpini, MSC. UAF



EL SALVADOR

Del 23 al 28 de marzo de 2026, nosotros (Simon Lumpini, Bram Tulusan y Carl Tranter) acompañamos a la comunidad MSC en El Salvador. Durante nuestra visita, nos reunimos con los hermanos MSC y con los estudiantes del Colegio Teológico Internacional de San Salvador. Con espíritu de fraternidad, también nos reunimos con los Laicos de la Familia Chevalier y socios misioneros de los MSC para fortalecer la colaboración y renovar nuestro compromiso compartido con la misión en los diversos ministerios de la ciudad de San Salvador.

Tuvimos el privilegio de participar en la conmemoración del aniversario de la muerte de San Óscar Romero en la Catedral Metropolitana de San Salvador. También visitamos varios sitios históricos relacionados con su valiente testimonio y su compromiso inquebrantable con el pueblo de El Salvador. La visita nos brindó una oportunidad significativa para profundizar nuestro aprecio por el rico patrimonio de fe del país y reafirmar nuestro compromiso con la misión MSC de llevar el amor compasivo del Sagrado Corazón a aquellos a quienes servimos.

Bram Tulusan, MSC. Provincia de Indonesia



GUATEMALA

Del 14 al 22 de marzo de 2026, el Consejo General (Simon Lumpini, Carl Tranter y Bram Tulusan) realizó una visita de apoyo a Guatemala, en la Provincia de Centroamérica-México. Además de reunirse con todos los hermanos MSC de Guatemala, también mantuvieron encuentros con los Laicos de la Familia Chevalier, que están profundamente comprometidos con su ministerio en sus diversas parroquias.

Villanueva: una misión educativa arraigada en la oración y el carisma MSC

Como parte de nuestra visita de acompañamiento a Guatemala, en calidad de miembros del Consejo General de los Misioneros del Sagrado Corazón (MSC), tuvimos la gracia de visitar el Instituto Técnico Vocacional 'San Agustín' de Villanueva, en la región de Alta Verapaz. Este encuentro con una de las obras educativas significativas de la presencia MSC fue para nosotros un momento profundamente significativo, lleno de esperanza, fraternidad e inspiración espiritual.

A lo largo de la visita, se nos recordó que la misión nace de la oración y se sostiene en una relación viva con Cristo. En esta comunidad educativa se percibe no sólo una institución académica, sino también una presencia misionera arraigada en la Espiritualidad del Corazón, donde la oración alimenta silenciosamente el servicio, el compromiso y la entrega a los jóvenes.

Una historia nacida de la preocupación por los pobres

El Instituto 'San Agustín' fue fundado en 1986, en un tiempo en que el acceso a la educación secundaria era extremadamente limitado para los jóvenes de las zonas rurales. Fieles a su carisma, los Misioneros del Sagrado Corazón respondieron a esta necesidad urgente poniendo en marcha un audaz

proyecto educativo orientado a la formación integral y a la promoción humana de la juventud.

Muy pronto, la iniciativa se adaptó a las realidades del terreno. En 1989, el Instituto adoptó una orientación técnica vocacional, ofreciendo una formación estrechamente vinculada a las necesidades de las comunidades locales. Integrado en el Centro de Promoción Juvenil y Desarrollo Rural 'Faus-tino Villanueva', se convirtió gradualmente en un importante pilar educativo y misionero en una región marcada por la pobreza y la exclusión.

Detrás de este compromiso hay una profunda convicción espiritual: educar es también evangelizar, devolver la dignidad y hacer visible el amor compasivo del Corazón de Cristo hacia los más pobres y abandonados.

Una presencia misionera alimentada por la oración

En el corazón de esta obra, nos conmovió profundamente la entrega de los hermanos MSC. Su presencia es sencilla, fraterna y profundamente evangélica. No se limitan a administrar una institución, sino que acompañan vidas, forman conciencias y despiertan esperanza.

Su servicio misionero encuentra su fuerza en la oración y la contemplación. En un contexto a menudo marcado por las dificultades y la fragilidad social, su cercanía a la gente se convierte en una expresión concreta del amor recibido de Cristo en la oración. Mediante su testimonio, revelan que la misión no es simplemente una actividad, sino el fruto de un corazón unido al Señor.

El Instituto se convierte así en un verdadero lugar de evangelización, donde la fe y la vida se encuentran en la realidad cotidiana, y donde se invita a los jóvenes a descubrir no sólo competencias profesionales, sino también el sentido más profundo de la vida, la responsabilidad y el servicio.



Formar a los jóvenes para servir a sus comunidades

Una de las grandes fortalezas del Instituto ‘San Agustín’ reside en la coherencia de su visión educativa. Aquí la formación va mucho más allá de la enseñanza académica; abarca el desarrollo técnico, humano y espiritual.

Los estudiantes se preparan para convertirse en agentes de transformación dentro de sus propias comunidades. Mediante una formación orientada al desarrollo comunitario, adquieren competencias prácticas que les permiten responder a los desafíos locales, al tiempo que cultivan valores como la solidaridad, la responsabilidad, el servicio y el respeto a la dignidad humana.

Esta misión educativa, iluminada por el espíritu del Evangelio, anima a los jóvenes no a huir de sus realidades, sino a implicarse activamente en el crecimiento y el desarrollo de sus comunidades. En este sentido, la educación se convierte en un auténtico servicio misionero arraigado en la esperanza.

El fruto más elocuente: estudiantes que se convierten en educadores

Un aspecto especialmente conmovedor de nuestra visita merece una atención particular: la mayoría de los profesores del Instituto son antiguos alumnos.

Este sencillo hecho encierra un profundo significado. Refleja la fecundidad de esta misión educativa y misionera, alimentada durante años de entrega, oración y presencia fiel. Formar a jóvenes que más tarde eligen regresar para servir, enseñar y acompañar a nuevas generaciones es, sin duda, uno de los signos más hermosos de una misión auténtica. Esta continuidad crea una verdadera familia educativa, marcada por un fuerte sentido de pertenencia y un profundo conocimiento de las realidades locales. Garantiza también la

transmisión de los valores y de la espiritualidad que definen la identidad del Instituto.

Una visita que confirma y anima

Nuestra visita al Instituto Técnico Vocacional ‘San Agustín’ de Villanueva permanecerá como uno de los momentos más destacados de nuestro tiempo en Guatemala. Encontramos una obra humilde, pero profundamente fecunda, donde la oración y la misión están inseparablemente unidas, y donde la educación se convierte en una expresión concreta del Evangelio.

Damos gracias por la entrega de los hermanos y de todos los colaboradores laicos implicados en esta misión. Su servicio paciente y generoso da frutos visibles en la vida de los jóvenes y en la vitalidad de las comunidades locales.

Esta experiencia renueva nuestra convicción de que, cuando la educación está inspirada por el Evangelio y sostenida por la oración, se convierte en un poderoso instrumento de transformación, promoción humana y esperanza para el futuro.

Simon Lumpini, MSC. UAF

REPÚBLICA DOMINICANA

Del 28 de marzo al 17 de abril de 2026, miembros del Consejo General (Abzalón Alvarado, Simon Lumpini y Bram Tulusan) acompañaron a la Provincia MSC de la República Dominicana en una visita pastoral.

Esta visita brindó una valiosa oportunidad para fortalecer la comunión, escuchar las experiencias de los miembros y reafirmar el espíritu de misión y de vida religiosa en las distintas comunidades MSC.

La visita comenzó en Santo Domingo del 28 al 30 de marzo. El Domingo de Ramos, 30 de marzo, los miembros del Consejo General participaron en celebraciones litúrgicas en diversas comunidades parroquiales, conociendo de primera mano la vida de los fieles y el ministerio de los miembros MSC sobre el terreno.

La visita continuó del 30 de marzo al 2 de abril, período durante el cual visitaron varias obras MSC en la región de Santiago, entre ellas la comunidad de La Altagracia, el Centro Vocacional —que funciona también como noviciado— y el ‘Monumento de la Vida’, un proyecto de servicio MSC. Esta visita ofreció la oportunidad de observar de cerca la dinámica de la formación, la promoción vocacional y las diversas iniciativas pastorales emprendidas por la Provincia.

El 2 de abril, tras asistir a la Misa Crismal, los miembros del Consejo General continuaron su viaje hacia San José de las Matas. Allí participaron en las celebraciones del Triduo Pascual en Las Placetas hasta el Domingo de Pas-





cua, 5 de abril. Entretanto, el Superior General presidió las celebraciones del Triduo Pascual en la parroquia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Villa Verde, La Romana. La experiencia de celebrar los misterios de la Pascua junto con los fieles fue un momento profundo para fortalecer los vínculos entre los misioneros y las comunidades a las que sirven.

El lunes 6 de abril se celebró en la Casa Provincial una Pascua comunitaria, con la participación de la comunidad local y de los miembros del Consejo General. A continuación, la serie de visitas prosiguió por diversas comunidades MSC de El Llano, San Juan, Villa Jaragua, Nagua, Sánchez y Samaná. En cada lugar, los integrantes del Consejo General tuvieron la oportunidad de dialogar con los miembros, escuchar sus desafíos y esperanzas y ofrecer apoyo a la vida y misión de los MSC.

La visita concluyó con la participación en la Semana de Estudios MSC en Monte de Oración, del 13 al 17 de abril. Este encuentro, facilitado por el Superior General, ofreció una significativa oportunidad para la reflexión compartida, una comprensión más profunda de la identidad MSC y la planificación de futuras iniciativas ministeriales. A través de toda esta serie de actividades se reforzó aún más el espíritu de fraternidad, comunión y misión, de acuerdo con la misión de los MSC de llevar al mundo el amor del Sagrado Corazón de Jesús. Gracias a todos los hermanos MSC de la Provincia de la República Dominicana por su colaboración, que hizo posible que esta visita se desarrollara muy bien.

Bram Tulusan, MSC. Provincia de Indonesia

REPÚBLICA DOMINICANA

La oración que alimenta la misión. “No es la muerte la que arrebató la vida a Jesucristo, sino el amor el que le hace entregar su vida”. Esta profunda intuición de san Francisco de Sales resonó con especial fuerza durante nuestra celebración del Domingo de Ramos en la República Dominicana, en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús.

Por primera vez, tuvimos la gracia de participar en esta celebración dentro de este contexto eclesial y misionero, como parte de nuestro acompañamiento a los hermanos de la provincia. Desde el comienzo, la liturgia nos introdujo en el misterio que está en el corazón del Domingo de Ramos: la unión inseparable entre oración y misión, contemplación y entrega de sí. La alegría de la entrada de Cristo en Jerusalén y la proclamación solemne de su Pasión nos revelaron a un Señor cuya misión brota enteramente de su comunión con el Padre. La procesión con las palmas, marcada por la participación alegre y fervorosa de los fieles, reflejaba una fe viva profun-



damente arraigada en la cultura local. A través de cantos, gestos y devoción popular, la comunidad cristiana expresó una fe orante que se convierte naturalmente en testimonio misionero. En este ambiente, pudimos percibir cómo la oración nunca se encierra en sí misma, sino que abre siempre los corazones para acoger a Cristo y anunciarlo con alegría.

Sin embargo, la Liturgia de la Palabra nos condujo enseguida a contemplar otro rostro de Cristo: el del Siervo sufriente, humillado y entregado por amor. La misa presidida por el P. Cristian Guzmán, MSC, Provincial de República Dominicana, se convirtió en un profundo momento de comunión y renovación espiritual. En su homilía subrayó que Jesús no soporta pasivamente su Pasión, sino que la abraza libremente por amor. Su unión orante con el Padre da sentido y fuerza a su misión, incluso hasta la Cruz.

Es precisamente aquí donde las palabras de san Francisco de Sales adquieren toda su profundidad:

“El monte Calvario es la montaña de los amantes”.

“Contemplad a menudo a Jesús crucificado... es el libro en el que aprenderéis a amar a Dios”.

La Pasión de Cristo no es, ante todo, una tragedia externa que se le impone, sino un acto interior de amor, nacido de la comunión constante con el Padre. Jesús no pierde su vida: la entrega. No se limita a padecer la Cruz: la abraza libremente. Su misión alcanza su plenitud en la obediencia orante y en la entrega total de sí mismo.

En el contexto de nuestra misión de acompañamiento, esta celebración se convirtió también en una invitación a renovar nuestra comprensión de la vida religiosa y apostólica. La misión no puede separarse de una profunda vida de oración. Seguir a Cristo significa no sólo participar de su gloria, sino entrar en la dinámica de su amor por medio de la contemplación, la

fidelidad, el sacrificio y el servicio. Las palmas que llevamos con alegría no pueden separarse de la Cruz que estamos llamados a abrazar cada día en la fe.

Esta celebración del Domingo de Ramos en la República Dominicana permanecerá para nosotros como una experiencia espiritual profundamente significativa. Nos recordó que la misión auténtica nace siempre de la oración y de la contemplación de Cristo. Permaneciendo cerca de su Corazón es como los misioneros reciben la fuerza para amar, servir y perseverar con generosidad.

Al entrar en la Semana Santa, esta celebración nos invitó a redescubrir que la oración es el alma de la misión. Cuanto más contemplamos a Cristo crucificado, más capaces nos hacemos de entregar nuestra propia vida por amor a los demás. Es el amor el que conduce a Cristo a la Cruz, y es ese mismo amor, alimentado en la oración, el que nos llama a seguirlo fielmente.

Que nuestras vidas, como la suya, se conviertan en una oración ofrecida y en un don de amor para la misión.

Simon Lumpini, MSC. UAF



AUSTRALIA

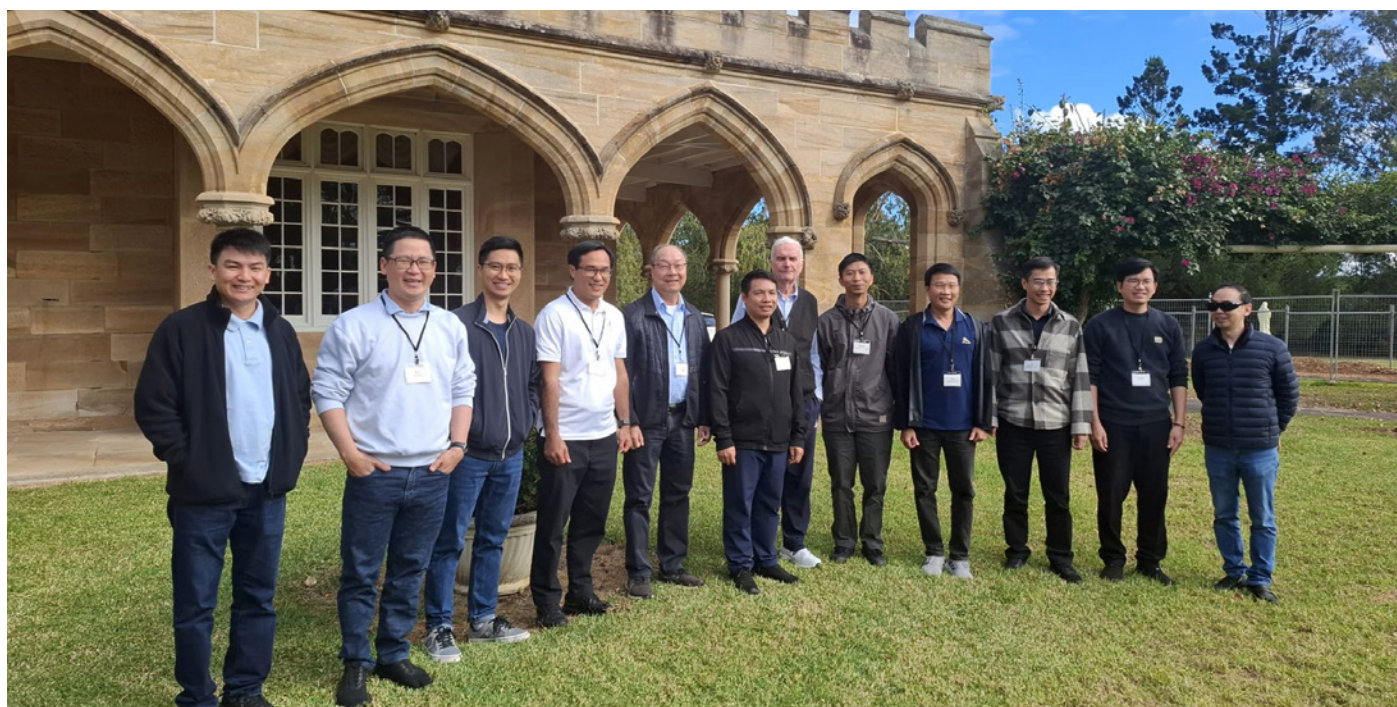
El Capítulo Provincial, celebrado en Douglas Park, Australia, del 26 de abril al 1 de mayo, se vivió en un profundo espíritu de oración, fraternidad y misión. En la homilía de apertura, se invitó a los hermanos a renovar su compromiso misionero volviendo al Corazón de Cristo, fuente de nuestra vocación y vida apostólica. Esta llamada guio todo el Capítulo e inspiró las reflexiones, los debates y las decisiones tomadas en conjunto.

En un ambiente de escucha mutua y discernimiento espiritual, los participantes compartieron sus experiencias, desafíos y esperanzas para el futuro de la misión. Los momentos de oración y reflexión comunitaria ayudaron a los hermanos a buscar juntos la voluntad de Dios en un espíritu de comunión y responsabilidad compartida.

El 29 de abril, durante la sesión de la tarde, se eligió al Superior Provincial para un segundo mandato. Antes de la elección, un momento de reflexión y oración recordó a los hermanos la importancia de tomar una decisión inspirada no en preferencias personales, sino en la voluntad de Dios. En este contexto, el delegado se refirió a los Hechos de los Apóstoles y a la elección de Matías para sustituir a Judas: «Señor, tú conoces el corazón de todos. Muéstranos a aquel a quien has elegido».

El Capítulo concluyó con alegría y esperanza. Todos los participantes regresaron a casa con un deseo renovado de vivir más profundamente la unidad entre la vida de oración y la misión, sirviendo a la Congregación y al Pueblo de Dios con fidelidad y generosidad.

Simon Lumpini, MSC. UAF





CONFERENCIA DE SUPERIORES PROVINCIALES DE EUROPA (PEC).

Reunión de la PEC en Salzburgo, marzo de 2026, acompañada por Carl Tranter, MSC.



La oración: llamada a la intimidad

Hay un lugar dentro de ti donde Dios te está esperando.



www.magnific.com

Querido lector, permíteme hacerte una pregunta sincera: ¿cuándo fue la última vez que tuviste una experiencia profunda con Dios? ¿Cuándo fue la última vez que te sentiste verdaderamente amado? ¿Y si descubrieras que, a través de una vida de oración, todo pudiera ser diferente? Estas preguntas nos sitúan en el corazón de la experiencia cristiana: la vida de oración.

Al contemplar al Señor Jesús, nos damos cuenta de que, en varias ocasiones, Él se apartaba de las multitudes, buscaba el silencio y entraba en intimidad con el Padre. Se retiraba al desierto, oraba durante la noche, subía a la montaña y allí, a solas con Dios, renovaba su corazón y alimentaba su

celo por la misión. La esencia de su oración era la misma relación de amor entre el Padre y el Hijo.

Con Jesús, descubrimos que la oración ocupa un lugar central en nuestro camino de fe; no es un mero detalle, sino un fundamento. Sin ella, corremos el riesgo de convertirnos en meros administradores de lo sagrado o en meros activistas, cuya lucha no brota de una experiencia de Dios. Orar es entrar en intimidad. La verdadera oración no surge de la especulación ni de un mero formalismo que no toca el alma. Orar es experimentar, en lo más profundo del ser, esta intimidad, ofreciéndole a Dios el silencio y el corazón. Ignacio de Larrañaga, fundador de los Talleres de Oración y Vida, afirma que la verdadera oración es un diálogo entre dos mundos interiores. Se da cuando la fragilidad humana se presenta ante la misericordia de Dios. Santa Teresa de Ávila nos enseña que la oración es “una relación de amistad, una conversación privada y frecuente con Aquel que sabemos que nos ama”. Es la experiencia de sentirnos vistos y conocidos por Dios.

Pero si todo esto es tan valioso, ¿por qué sigue siendo tan difícil mantener una vida interior?

Sabemos que, en estos días, nos sentimos abrumados por una avalancha de información y una sucesión de estímulos que nos impiden concentrarnos. La dificultad de estar solos, de guardar silencio, de leer un libro o escuchar música con atención nos revela esta distracción interior.

Ya no es tan fácil seguir los pasos de los místicos cuando nos falta el verdadero deseo e incluso un mínimo de disciplina. Debemos, por lo tanto, redescubrir en nuestro interior esa ‘determinación resuelta’: la decisión del alma que nos pone en el camino sin mirar atrás.

Necesitamos organizar nuestro horario y reservar tiempo para Dios, para estar en silencio y meditar en la Palabra. Sin una organización adecuada, la vida de oración termina quedando en segundo plano, y se pierde lo esencial. Corremos el riesgo de vivir una religión sin Dios y una espiritualidad sin fe —de acostumbrarnos a una vida sin Dios.

Necesitamos empezar de nuevo. Y cada nuevo comienzo requiere esa conciencia del hijo pródigo: «Volveré a la casa de mi padre...». Sin una «firme resolución», no puede haber camino espiritual.

Busca un lugar tranquilo, haz que este encuentro íntimo con Dios sea parte de tu rutina diaria y no te preocupes por los resultados inmediatos. Al igual que en la actividad física, la vida de oración exige un gran esfuerzo para lograr pequeños resultados, pero resultados capaces de transformar una vida para siempre.

Luiz Deivys, MSC. Provincia de Río de Janeiro

Formar o estar ausente

La oración y la misión como alma de la formación

Ante los numerosos desafíos que marcan hoy la vida eclesial e institucional, la formación inicial aparece como una prioridad esencial. De ella dependen, en gran medida, la vitalidad de las vocaciones, la solidez de los compromisos y la credibilidad del testimonio misionero. Por ello, resulta oportuno volver sobre algunos aspectos fundamentales de la formación, en particular sobre el lugar y el papel de los formadores en las casas de formación.

En el corazón de los institutos religiosos, las casas de formación ocupan un lugar estratégico y decisivo. Son espacios privilegiados donde se moldean las vocaciones, maduran las motivaciones profundas y arraiga progresivamente el sentido de la vida consagrada y misionera. Más que lugares de preparación intelectual, son escuelas de discipulado donde los jóvenes aprenden a unir la oración y la misión en la vida cotidiana. Desde esta perspectiva, hay que plantear con claridad y responsabilidad una pregunta: ¿cuál es hoy la verdadera calidad de la presencia de los formadores en nuestras casas de formación?

La formación no consiste sólo en transmitir contenidos, organizar programas o asegurar un seguimiento académico. Es, ante todo, una experiencia espiritual y relacional. Se apoya en una presencia estable, atenta, orante y disponible. Una presencia capaz de escuchar, acompañar, discernir y orientar. Una presencia que, por su fidelidad y la coherencia de su vida,



se convierte en testimonio vivo y en un punto de referencia estructurante para quienes están en formación.

El formador no es simplemente un administrador o un educador; es, ante todo, un hombre de oración y de misión. Su disponibilidad hacia quienes le han sido confiados debe brotar de su propia comunión con Cristo. En efecto, una formación auténtica sólo puede nacer de corazones transformados por la oración y arraigados en el Evangelio.

Sin embargo, en muchas situaciones, esta presencia esencial se ve debilitada. A menudo, se pide a los formadores que asuman múltiples responsabilidades, obligándolos a dividirse entre diversas misiones. Sin cuestionar la legitimidad de estos compromisos, hay que reconocer que esta dispersión tiene consecuencias concretas: reduce la disponibilidad, debilita la continuidad del acompañamiento y termina empobreciendo el proceso formativo.

El documento Emaús, en el número 48, expresa con claridad esta exigencia: «Los formadores no deberían tener otras actividades fuera de la casa de formación».

Esta afirmación expresa una exigencia fundamental: la misión de la formación requiere una disponibilidad plena y entera. No puede ejercerse de manera parcial o intermitente sin comprometer su eficacia.

Acompañar un camino vocacional exige tiempo, constancia y una cercanía real. Supone entrar en procesos a menudo largos y complejos, acoger las fragilidades, sostener el crecimiento y favorecer un discernimiento auténtico. Tal acompañamiento requiere también una disponibilidad espiritual alimentada por la oración. Una presencia fragmentada no puede responder adecuadamente a estas exigencias.

El formador no es simplemente un administrador o un educador; es, ante todo, un hombre de oración y de misión.

La calidad de la formación no depende sólo de las estructuras o de los programas, sino también del clima espiritual que reina en la propia casa. Una verdadera casa de formación es una comunidad donde la oración, la fraternidad, el silencio, el discernimiento y la misión se viven concretamente cada día. Los formadores desempeñan un papel decisivo en la creación y el mantenimiento de este ambiente.

La cuestión de la disponibilidad de los formadores interpela, por tanto, directamente a quienes ejercen responsabilidades de gobierno. Un nombramiento para una misión formativa no puede considerarse una responsabilidad entre otras. Exige una opción clara, unas condiciones adecuadas y un compromiso prioritario.

Asumir la formación como una misión central significa, concretamente, garantizar a los formadores el tiempo y la energía necesarios para dedicarse plenamente a ella. Esto implica, en la medida de lo posible, limitar las responsabilidades externas susceptibles de dispersar su atención y comprometer su presencia efectiva en la casa.

Esta reflexión no ignora las limitaciones reales, ni la escasez del personal disponible. Sin embargo, sigue siendo esencial mantener una justa jerarquía de prioridades: lo que es decisivo para el futuro no puede ser tratado como secundario.

Una casa de formación no se define, ante todo, por sus edificios o sus programas, sino por la calidad de la vida que se comparte en ella. Esta calidad depende en gran medida de la presencia de los formadores, de su capacidad para compar-

tir la vida cotidiana, sostener un clima de oración, acompañar los itinerarios personales y construir relaciones de confianza. Una presencia real y comprometida ayuda a estructurar, dar seguridad y dinamizar el proceso de formación. Por el contrario, una presencia insuficiente, aunque sea involuntaria, puede crear fragilidades y lagunas difíciles de colmar posteriormente.

En el contexto actual, marcado por nuevos desafíos y por expectativas crecientes de las personas en formación, la calidad del acompañamiento es más decisiva que nunca. Los jóvenes necesitan formadores disponibles, espiritualmente arraigados y profundamente comprometidos con su misión. Necesitan testigos cuya vida refleje la armonía entre la contemplación y el servicio apostólico.

La formación no es una misión secundaria: compromete el futuro de la Iglesia y de la Congregación.

Quienes ejercen responsabilidades, en particular los provinciales, tienen el deber de garantizar una presencia real, estable y orante de los formadores. La exigencia recordada en el documento Emaús (n. 48) reclama decisiones concretas y valientes. Formar exige estar presente.

Acompañar exige orar.

Educar para la misión exige, ante todo, vivir de la comunión con Cristo.

Solo con esta condición la formación dará un fruto duradero para la misión de la Iglesia.

Simon Lumpini, MSC. UAF

La oración como proyecto de vida

El común de los orantes, en el común de las religiones, hace de su oración una súplica que busca solucionar problemas cotidianos. También una alabanza motivada por la gratitud, aunque esto ya en menor medida dado que la abundancia oracional la ocupa el apartado de las peticiones. Sin embargo, la oración debiera ser siempre una simple comunicación, un diálogo, entre el orante y el sujeto de su oración, normalmente Dios. Y su meta, la meta de esta comunicación, debiera ser igualmente un intercambio de vivencias y de afectos, de manera que ambas partes se fusionaran en un acto que más que oración debiéramos llamarlo 'comunión'. Comunión de vida que incorpora lo que los dos, el orante y el sujeto de su oración, llevan consigo al entrar en esa acción: vida en progreso y Vida en absoluto.

La capacidad de reflexión y comprensión con la que Dios ha bendecido al ser humano le mueven en esta dirección más que en la otra, pues el primer impulso, el de pedir, es sólo la conclusión elemental de una criatura que se sien-

te desvalida y por ello busca ayuda; y el segundo, el de alabar, aunque es más positivo se queda en ese estadio de la inferioridad, de la dependencia, que no acaba de comprender la familiaridad que ofrece el entender a Dios como "Papá", según nos enseñó Jesucristo.

La verdadera oración, ésa que busca hacer del Cosmos un templo y de la vida misma una plegaria, supone un continuo actuar en comunión plena con la Vida, que es la suma, el compendio, de Dios y de su Creación. Esa comunión nace de una comprensión, de un entendimiento, y se ha de vivir con la misma naturalidad con la que se respira; y su fin, lo mismo en este instante que a lo largo de la eternidad, no es otro que la fusión del Todo con la parte, del Creador con sus criaturas.

Y para que esa oración tenga pleno sentido (además de ser eficaz en el propósito del orante), ha de contar con dos parámetros: el del 'conocimiento' y el del 'respeto', que son los que establecen el recorrido de toda oración y los límites con los que ha de contar. Algo que entende-



remos bien con el ejemplo del tren, un medio de transporte y comunicación concebido para prestar servicio a quienes necesitan desplazarse y enlazar poblaciones. Dicho tren, después de fijarle un trazado, un recorrido, un horario y unas paradas, amén de las peculiaridades propias de locomotora, vagones, etc., se convierte en algo útil para todos mientras es fiel a las reglas que lo han determinado. Pero pasaría a ser un desastre si cada día variase su horario, sus paradas y las peculiaridades de la composición de sus vagones, en función de los intereses de los usuarios eventuales.

Tomando pie de esta comparación, entendemos que Dios ha establecido, de manera similar, unas reglas para este mundo que habitamos y que nosotros, como usuarios, deberíamos ceñirnos siempre a ellas. Conocer y respetar esto debe estar en la base de cualquier oración para

que tenga el sentido que nos proponemos. Lo contrario sería el pedir 'milagros, algo tan absurdo como esperar que el tren adelante o retrase su salida, cambie las paradas o incluso las vías, en función del interés de cada viajero.

Lo correcto, siguiendo con el ejemplo, sería pedir a los responsables ferroviarios fidelidad a su organización y a nosotros mismos, simples usuarios, sabiduría para encajarnos en ella y coraje para llevar a cabo cualquier viaje por más que las circunstancias o los acontecimientos no resulten como se desearía o esperaría. Según esto, 'hacer la voluntad de Dios' no es ni más ni menos que entrar de buen grado en un proyecto, en unos planes, que han sido previstos para el bien de todos. Lo contrario, ronda peligrosamente la tiranía del capricho individual, algo que un buen Padre no puede consentir por más que pateleen o lloren sus hijos más mimosos. Y ahí es donde entra esa oración que es, por una parte, 'comunidad' y, por otra, 'aceptación. Comunidad que es fusión con el Dios que nos crea y nos ama y pretende intimar con sus criaturas, estableciendo un coloquio permanente para el que nos ha dotado de las herramientas necesarias. Y aceptación que supone encajar perfectamente en un proyecto de vida que no es sólo nuestro, individual, sino colectivo y que por tanto no puede llevarse a cabo si no es dentro de esa armonía universal que sólo Dios conoce y puede aportar. Según esto, llevar adelante una vida que ha de conjugar la oración con un proyecto de vida compartido con los demás y acorde con el plan de Dios, supone fusionar voluntades y proyectos, fuerzas y debilidades, con quien sabemos nos ama y entiende perfectamente, el Padre que por amor nos creó y que nos invita a amar de igual manera para que todos descubran y participen de esta vida que es oración, en este Templo que es el Cosmos. Y, por supuesto, aceptando y respetando ese plan divino que no nos propone avanzar a base de milagros sorprendentes, pero sí de ayudas adecuadas y puntuales a nuestras necesidades reales (ver y reflexionar Mt 6, 8.25-34; 7, 7-11).

Chema Álvarez, MSC. Provincia de España

... 'hacer la voluntad de Dios' no es ni más ni menos que entrar de buen grado en un proyecto, en unos planes, que han sido previstos para el bien de todos.

“Si hay algo que necesita hacerse, métete y hazlo”

Cuando era un joven estudiante en un internado católico de Victoria, Australia, recuerdo que pensaba en lo que debía hacer con mi vida. Ya tenía la sensación de ser llamado por Dios cuando ayudaba a personas del vecindario que necesitaban asistencia con sus compras, cortar el césped o alguna ayuda general en su propiedad.

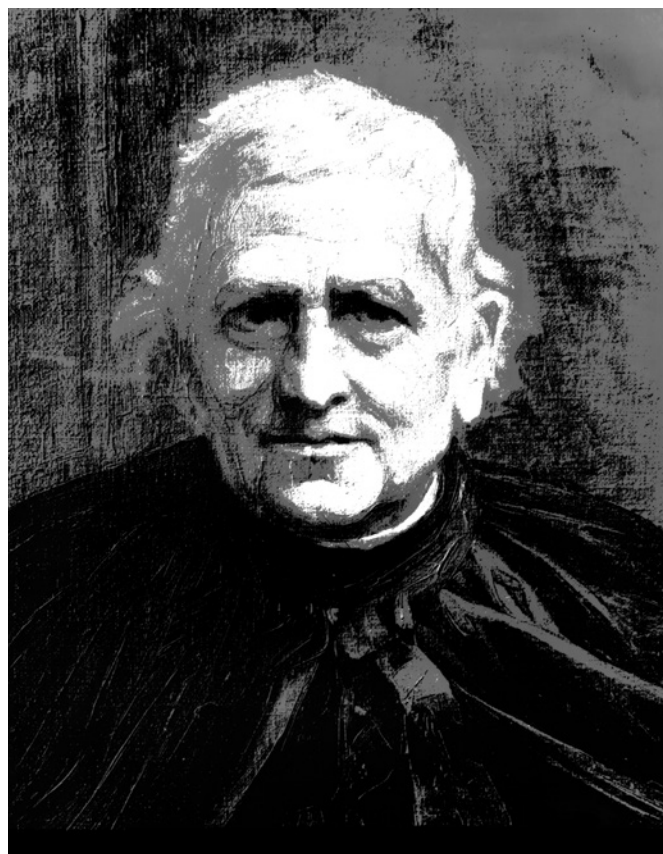
Procedo de una buena familia, entregada a Dios y comprometida con su fe católica. Cada tarde rezábamos el rosario en familia y asistíamos a cualquier cosa que se organizara en la parroquia local. Yo era monaguillo y asistía regularmente a misa en la parroquia durante la semana.

Como no me entusiasmaba la idea de estudiar durante mucho tiempo, y ya había decidido que el sacerdocio no era para mí, pensé que me gustaría ayudar, siempre que fuera posible, a los sacerdotes en su ministerio, haciendo las pequeñas cosas que podía realizar una persona no ordenada y, por tanto, convirtiéndome en Hermano Religioso dentro de una Congregación Religiosa.

Recuerdo el día en que decidí ofrecer mi vida a Dios como Hermano, en una congregación religiosa que pensé que encajaba con mi vocación. Les escribí para pedir información sobre cómo llegar a ser miembro. Me enviaron la información que había solicitado. Mientras la leía, vi que la hora de levantarse para las oraciones de la mañana, la meditación y la misa era, según pensé entonces, demasiado temprana para que yo pudiera empezar bien el día. Inmediatamente me dije que aquella Orden no era para mí.

Me puse en contacto con un amigo de la familia que ya se había unido a los Misioneros del Sagrado Corazón como Hermano. Le pregunté si podían enviarme información sobre los MSC. Cuando llegó, no vi a qué hora se levantaba la comunidad cada mañana para las oraciones matutinas, la meditación y la misa, así que en una semana más o menos decidí que esta era la orden a la que solicitaría el ingreso como Hermano. En aquel momento no comprendí la importancia de lo que estaba sucediendo. Dios ya había empezado a prepararme para trabajar con Él como hermano de los Misioneros del Sagrado Corazón, permitiéndome tomar aquella decisión, aunque fuera por razones superficiales que, en aquel momento, eran importantes para mí.

Siguiendo adelante, presenté mi solicitud a los Misioneros del Sagrado Corazón para entrar en el postulanteado. Para mi gran decepción, mi solicitud fue rechazada porque era demasiado joven. Acepté aquella decisión y trabajé durante un año. Durante ese año, dos Misioneros del Sagrado Corazón llegaron a nuestra parroquia para dirigir una misión parroquial. El P. Tony O'Brien, MSC, había recibido del Director de Vocaciones MSC el encargo de hablar conmigo sobre mi vocación du-



rante su estancia en la parroquia. Tuvimos un par de conversaciones y, de nuevo, presenté mi solicitud y me incorporé al grupo del postulanteado de 1968.

Mi vida estaba a punto de cambiar para siempre, y podía sentir la mano de Dios en muchas de las cosas que ocurrían a lo largo de mi camino. Aunque conocía a alguien de la orden, nunca había pensado en pedir el ingreso en los MSC, pero Dios hizo que decidiera no entrar en otra orden sirviéndose de cosas tan triviales como levantarse demasiado temprano. Siempre he sentido que fui llamado a ser Misionero del Sagrado Corazón por la mano de Dios.

Disfruté de mi postulanteado y noviciado. Éramos un grupo grande, 36 en total.

Durante nuestro noviciado tuvimos la bendición de contar con un maestro de novicios que había sido misionero en Papúa Nueva Guinea y era un ejemplo maravilloso para todos nosotros, mostrándonos que era un hombre de oración y de misión. A veces, en el noviciado, las cosas me parecían demasiado grandes para poder afrontarlas. Una charla con el maestro de novicios tranquilizaba mi mente y pronto descubría que podía seguir adelante, y mis problemas se hacían

menores con el paso del tiempo. Descubrí muy pronto en el camino de la Vida Religiosa lo importante que era la Oración para orientar una Misión de cara a mi futuro.

Mi primera Profesión fue el 2 de agosto de 1969.

Cuando terminé mi tiempo en el Noviciado (30 de diciembre de 1969), permanecí en la Comunidad de Douglas Park y trabajé en la granja lechera, ordeñando las vacas y atendiendo al ganado más joven. Más tarde trabajé en la cocina, cocinando para la comunidad. Disfruté de aquellos dos años, ahora que sabía cómo orar y tenía conocimiento de mi misión.

Mi misión se había vuelto ahora más clara para mí, y me dispuse a intentar cumplirla: ayudar a cualquiera que necesitara que se hiciera algo por él, ser siempre respetuoso con las personas que pedían ayuda, no mirar hacia otro lado, ni hacer oídos sordos cuando me pidieran ayudar. Vivir en comunidad es muy importante para el éxito de la vida religiosa: mirar siempre hacia delante y ofrecerse a ayudar, ofrecer ayuda antes de que te la pidan, respetar a los demás miembros de la congregación, respetar siempre a cualquiera que haya sido puesto a tu cuidado. En general, hacer lo que piensas que Dios esperaría de ti.

Después de cuatro años en Douglas Park (1968-1971), fui destinado a nuestro Apostolado Educativo y enviado al Daramalan College de Canberra, Territorio de la Capital Australiana. Permanecí allí dos años, viviendo en una gran comunidad de 25 Sacerdotes y Hermanos. Me convertí en ecónomo del colegio, un gran colegio masculino de 1.200 alumnos. Era responsable de las finanzas, del mantenimiento y del funcionamiento general del área administrativa del colegio, del personal no docente y del cobro de las cuotas. Vivir en una gran comunidad y trabajar en un lugar de trabajo grande me permitió seguir viviendo mi misión.

Fui trasladado al Chevalier College de Bowral, Nueva Gales del Sur, Australia, y permanecí allí doce años (1973-1985). Fui el ecónomo de aquel colegio y de la comunidad. Durante mi estancia allí pude supervisar la construcción de varios edificios nuevos, incluida una capilla independiente, que es una maravillosa obra arquitectónica y un lugar apropiado para el culto de los alumnos actuales y antiguos y de los padres del colegio. Se construyó un nuevo sistema de carreteras dentro de los terrenos del colegio. Como podía conducir el autobús del colegio, organicé y acompañé a estudiantes, y algunas veces a padres, en viajes por Australia Central, Tasmania, Darwin y Nueva Zelanda. Cada uno de estos viajes cubría muchos miles de millas y normalmente tardaba más de dos semanas, o incluso más, en completarse.

Pasé tiempo con la Asociación de Padres y Amigos del Chevalier College, porque creía que, si esperábamos que los padres se implicaran en el colegio, teníamos que hacerles ver que nosotros los apoyábamos. Asistí a muchas reuniones en las que participaban padres y era bien conocido en la localidad. Para mí era importante poder hacer esto, porque consideraba importante que, como congregación religiosa, no sólo estuviéramos disponibles para educar a los niños, sino que también nos interesáramos por los padres vinculados al colegio.

Mi tiempo en el Chevalier College fue muy feliz para mí. Me decepcionó tener que marcharme. Sentí que mi vocación se fortalecía porque era feliz y me sentía apoyado en mi trabajo. En 1986 regresé al Daramalan College de Canberra por otros cuatro años (1986-1989), donde una vez más fui ecónomo del colegio. Mis tareas volvieron a ser parecidas a las de mi anterior etapa allí. El colegio tenía un número algo menor de alumnos, pero ahora era mixto.

Durante doce meses me pusieron al frente de los hermanos del postnoviciado. Había tres hermanos en formación en la comunidad, que trabajaban en el colegio durante el día y estudiaban por las tardes. No estaba seguro de ser un buen formador, pero hice lo mejor que pude, con un poco de ayuda de la Comisión de Formación.

En 1990 me convertí en ecónomo provincial de la Provincia Australiana (1990-1997) y miembro del consejo provincial. Este trabajo fue muy exigente, pero gratificante. Me dio la oportunidad de poner en práctica mis ideas sobre la Misión y pude trabajar para responder a las necesidades de la Provincia y de su misión.

Hubo momentos difíciles para mí: intentar encontrar maneras de que la Provincia generara ingresos adicionales a partir de nuestras inversiones y propiedades. Tuve la suerte de contar con un buen equipo con el que trabajar. El crecimiento de nuestros colegios era notable en aquel tiempo, lo que imponía cargas adicionales a nuestras finanzas, pues se necesitaban nuevos edificios para acoger al creciente número de alumnos; además, se alentaba la expansión de la misión de la India y era necesario llevarla adelante. A finales de 1997 concluí mi etapa como ecónomo provincial.

En 1998 me concedieron un año sabático. Fui a Dublín para realizar un curso de 12 semanas de Ministerio Pastoral en una casa de los Redentoristas llamada 'Marianella'. Todos los cursos fueron excelentes, pero disfruté especialmente de las sesiones de Autoconocimiento y Apoyo y de las clases de Oración y Espiritualidad. Por primera vez en muchos años pude detenerme, reflexionar y ajustar mis ideas sobre mi Misión. Estuve fuera de Australia durante 9 meses y, mientras estaba en Inglaterra, me reuní con mis padres, que viajaron para que pudiéramos hacer una gira juntos. Recorrimos Europa y Escocia durante 42 días. Disfruté del tiempo con mis padres y de la oportunidad de volver a pasar tiempo con ellos. Mi padre murió un par de años después del viaje.

Otro lugar de interés que visité fue Tierra Santa, donde pasé algunas semanas recorriendo lugares de los que había oído hablar o sobre los que había leído en las Escrituras. Jerusalén era un lugar que siempre había querido visitar y me sentí muy agradecido cuando tuve la oportunidad. Mi estancia allí cambió muchas de mis impresiones sobre cómo y de dónde venía Jesús. Encontré en aquel tiempo otra oportunidad para mirar mi vida y ajustar pensamientos e ideas que me había formado.

En los primeros meses de 1999 fui a Fiyi durante cinco meses para ayudar en el trabajo financiero de la Unión del Pacífico, como se la conocía entonces. Fue mi primera oportuni-

dad de vivir en una zona misionera. El clima húmedo fue un gran desafío para mí, el trabajo fue estupendo y la gente del lugar maravillosa.

Durante 6 meses, a partir de julio de 1999, comencé una unidad de Educación Pastoral Clínica (CPE) en el Royal Hobart Hospital, Tasmania, Australia. Aunque fue para mí un tiempo verdaderamente difícil, entré en el curso con estas ideas: ir más allá de mi timidez, mejorar mi capacidad de escuchar



y responder, dedicar tiempo a discernir la dirección de mi ministerio y pasar más tiempo con Dios en la oración. En mi opinión conseguí todo ello. Aunque uno de los resultados de mi discernimiento durante la unidad CPE fue que debía dejar el área de finanzas y pasar al trabajo pastoral en colegios, esto nunca llegó a suceder. Lo acepté y continué trabajando en el área financiera. Mientras realizaba la CPE en el Hospital, también busqué una práctica en una residencia de mayores de una parroquia vecina a aquella donde vivía en una Comunidad MSC. Me alegra decir que el tiempo de estudio de la unidad CPE fue el más desafiante de mi vida después del noviciado. También podría decir que la unidad CPE cambió mi vida más que cualquier otra cosa que pueda recordar. Fue un tiempo en el que comprendí que estar disponible y escuchar era muy gratificante.

En el año 2000 regresé a Fiyi para trabajar como ecónomo de la Unión del Pacífico. De nuevo, el clima húmedo me resultó difícil. Financiar nuestro trabajo en la Unión del Pacífico era un desafío y requirió muchas horas de trabajo con el Superior Local para encontrar la manera de mantener alimentados y estudiando a nuestro número bastante grande de seminaristas MSC y a un encantador grupo de prenovicios. Pasé mucho tiempo con los estudiantes y disfruté de mi estancia en el Pacífico.

A comienzos de 2001 fui destinado a una institución católica de Canberra, donde supervisaba las finanzas de un centro de bienestar infantil. El trabajo era interesante, pero no lograba sentirme a gusto, pues realmente quería trabajar en un apostolado MSC. Dejé ese puesto después de 18 meses. Durante ese tiempo viví en la Comunidad del Daramalan College. A partir de julio de 2002 regresé al Daramalan College de Canberra para trabajar en el Colegio.

Trabajaba como capellán del colegio y, después de sólo cuatro meses, me pidieron que ayudara al colegio y asumiera el puesto de director administrativo, como se llamaba entonces. Diecisiete años después terminé lo que se suponía que iban a ser sólo unas semanas en aquel puesto. Trabajar en Daramalan fue muy gratificante para mí y me permitió seguir viviendo mi misión. Durante esos diecisiete años viví en la Comunidad MSC del colegio y fui supervisor de obras del colegio en muchos proyectos de construcción. Algunos de aquellos edificios recibieron premios por sus características arquitectónicas y otros por el trabajo de ladrillo incluido en el diseño. Estuve en el Daramalan College un total de 23 años, a lo largo de tres destinos. Fue un tiempo de gran crecimiento para mí y me hizo avanzar en mi vida personal, mi vida espiritual y mis capacidades. Fui miembro del equipo ejecutivo del colegio, del consejo del colegio, de varios subcomités del consejo y de la asociación de padres y amigos. En 2009, me concedieron unos meses de permiso laboral para visitar Issoudun y pasar un tiempo con otros MSC y hermanas FDNSC de todo el mundo, en un seminario sobre Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Fue un tiempo especial en mi vida y un tiempo en el que amplí mi conocimiento y devoción a nuestra querida Madre de Dios. Durante el permiso también asistí a un 'mini sabático' en la Misericordia University de Dallas, Pensilvania. El taller era un encuentro anual que integraba los aspectos espirituales, médicos, psicológicos, pastorales y prácticos relacionados con las personas mayores. El tiempo pasado en Dallas me permitió ampliar mi interés por las personas a medida que envejecen y por los ancianos.

En 2018 fui nombrado Superior de la Comunidad de Douglas Park. Douglas Park está a una hora al sur de Sídney y, en aquel momento, era nuestro noviciado; además, teníamos en funcionamiento una casa de retiros. Había también varios cientos de hectáreas de terreno y una comunidad de unos quince MSC. Estuve dos años en Douglas Park como Superior y después fui destinado a la Comunidad de Kensington.

Durante los últimos seis años he estado en la Comunidad de Kensington, en Sídney, y he trabajado en diversos puestos, principalmente relacionados con propiedades, en varios estados de Australia.

Mi vida como hermano religioso MSC ha sido muy gratificante para mí. He seguido una de mis primeras ideas: "Si hay algo que necesita hacerse, métete y hazlo". Estoy profundamente agradecido por las muchas experiencias y oportunidades (de crecimiento) que he tenido al seguir mi vocación como MSC.

Barry Smith MSC. Provincia de Australia

El sacerdocio desde el Corazón de Cristo

El pasado 31 de mayo tuve la gracia inmensa de recibir la ordenación presbiteral en la Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona. Todavía hoy, cuando recuerdo aquel momento, me cuesta encontrar palabras adecuadas. Vuelvo una y otra vez a una sensación muy concreta: la de sentirme pequeño ante un don inmenso.

Mientras me postraba en el suelo durante las letanías de los santos, experimenté algo que siglos antes expresó de forma admirable el santo Cura de Ars: “Me postré consciente de mi nada, y me levanté sacerdote para siempre”. Quizá esa frase resume mejor que ninguna otra lo que siento. La conciencia de la propia fragilidad no desaparece con la ordenación. Al contrario. Uno descubre con mayor claridad la desproporción entre la pobreza de sus manos y la grandeza del misterio que se le confía. Sin embargo, junto a esa conciencia de pequeñez emerge también una profunda gratitud. Mirando mi historia, sólo puedo reconocer una sucesión de dones inmerecidos, personas providenciales, encuentros, comunidades y experiencias que me han permitido descubrir algo fundamental: antes de ser enviado, he sido amado.

Y precisamente desde esta experiencia me pregunto por el futuro del sacerdocio.

Vivimos tiempos de cambios profundos en la Iglesia y en la sociedad. El sacerdote ya no ocupa el lugar social que tuvo durante siglos. La secularización, la disminución de vocaciones, la transformación cultural y la creciente indiferencia religiosa obligan a replantear muchas formas de presencia pastoral. Sin embargo, creo que el desafío principal no es organizativo ni estructural. Es espiritual. Durante la homilía de la ordenación, el cardenal Joan Josep Omella nos dejó una reflexión que continúa resonando en mí. Nos dijo que la forma de vida del sacerdote es más importante que todo lo que pueda llegar a hacer. En una época obsesionada por la productividad, la eficacia y los resultados, sus palabras sonaban profundamente evangélicas: “No por mucho hacer vais a ser mejores sacerdotes, sino por cómo amáis y vivís vuestro ministerio”. Mientras escuchaba aquellas palabras, me descubrí preguntándome qué sacerdote deseo llegar a ser. Al comenzar este ministerio no sueño con una agenda llena, ni con una actividad incesante. Deseo, más bien, que mi vida pueda transparentar algo del Evangelio. Me gustaría ser un sacerdote capaz de vivir la fraternidad, de construir comunión y de acercar a otros la cercanía de Dios. Si algún día alguien recordara mi ministerio, me gustaría que no fuera por todo lo que hice, sino por haber ayudado a algunas personas a sentirse amadas por Él.

El cardenal insistió también en que la unidad y la fraternidad sacerdotal son más importantes que dejarse absorber por el trabajo, que cooperar es más importante que actuar en solitario y que la comunión es más importante que la acción. Son palabras que adquieren una fuerza particular en una Iglesia llamada a vivir la sinodalidad. Personalmente, deseo aprender a caminar con otros. Durante años imaginé el ministerio sacerdotal como una tarea inmensa que dependía de mis fuerzas. Hoy empiezo a comprender que el Evangelio se anuncia mejor cuando se comparte el camino. No me preocupa llegar rápido; me preocupa no caminar solo.

El futuro necesitará sacerdotes menos preocupados por conservar espacios de poder y más capaces de generar encuentros con Cristo. Menos funcionarios de lo sagrado y más testigos de una experiencia. Menos administradores de estructuras y más hombres habitados por el Evangelio. Desde el carisma de los Misioneros del Sagrado Corazón, esta convicción adquiere una tonalidad muy concreta.



Como Misionero del Sagrado Corazón, cuando pienso en mi futuro sacerdotal hay una convicción que vuelve constantemente a mi corazón: deseo ser, ante todo, un hombre del Corazón de Cristo.

No entiendo esta espiritualidad como una devoción añadida a otras, sino como una manera de mirar la realidad. El Corazón de Jesús me ha enseñado a descubrir un Dios que se acerca, que busca, que espera y que ama sin condiciones. Si algún día pierdo esa mirada, habré perdido también algo esencial de mi vocación.

Por eso, deseo aprender cada día el lenguaje de la cercanía. Escuchar antes que hablar. Acompañar antes que juzgar. Comprender antes que condenar. Sé que no siempre lo conseguiré, pero me gustaría que quienes se acerquen a mí puedan encontrar, aunque sea imperfectamente, algo de la ternura del Corazón de Jesús.

Compañero de camino. En una sociedad marcada por la soledad, la fragmentación y la incertidumbre, será necesario un sacerdote capaz de escuchar antes que hablar, de acompañar antes que juzgar y de comprender antes que condenar.

Un sacerdote que sepa habitar las fronteras humanas y existenciales donde tantas personas viven hoy: las heridas familiares, las crisis afectivas, la búsqueda de sentido, la fragilidad psicológica, la pobreza material y espiritual. No será suficiente transmitir doctrinas verdaderas. Será necesario hacer visible el rostro misericordioso de Dios. Pienso con frecuencia en una frase del papa Francisco que, a mi juicio, describe admirablemente el perfil del sacerdote que la Iglesia necesita: “Al buen sacerdote se le reconoce por cómo es ungido su pueblo; esta es una prueba clara. Cuando nuestra gente es ungida con óleo de alegría, se nota... tiene el rostro de quien lleva una buena noticia”. El criterio decisivo no será la eficacia, ni el prestigio, ni siquiera el número de actividades realizadas. La verdadera pregunta será otra: ¿las personas que encuentran a este sacerdote salen más esperanzadas? ¿Experimentan algo de la alegría del Evangelio? ¿Perciben que Dios las ama? Como Misioneros del Sagrado Corazón estamos llamados a recordar precisamente esto: que el Evangelio comienza por una experiencia de amor.

También deseo vivir un sacerdocio profundamente humano. No quiero esconder mis límites detrás de un personaje ni aparentar una perfección que no poseo. Quisiera aprender a reconocer mis fragilidades y dejar que Dios actúe precisamente a través de ellas. Al fin y al cabo, antes que sacerdote sigo siendo discípulo.

La imagen que mejor expresa esta visión me la sigue ofreciendo Antoni Gaudí.

Cuando contemplamos la Sagrada Familia comprendemos que su constructor dedicó toda una vida a una obra que sabía que no vería terminada. Trabajó para una obra que lo superaba.

También el sacerdocio es así. No estamos llamados a completar la obra, sino a poner una piedra. No somos

propietarios de la misión, sino servidores de una historia que comenzó antes de nosotros y continuará después de nosotros. Por eso, miro el futuro con realismo, pero también con esperanza.

Quizá seremos menos. Quizá tendremos menos seguridades y menos relevancia social. Pero precisamente por eso podremos volver a lo esencial. Y lo esencial sigue siendo lo mismo que descubrieron los primeros discípulos: que Dios ama al mundo, que Cristo sigue llamando hombres y mujeres a seguirle y que el Corazón de Jesús continúa siendo una fuente inagotable de esperanza para nuestro tiempo.

Si tuviera que resumir en una sola imagen cómo imagino mi propio sacerdocio, diría que deseo ser un hombre enamorado de Cristo, cercano a las personas, fraterno con mis hermanos y capaz de sembrar esperanza allí donde parece haberse apagado. No aspiro a ser recordado por las obras realizadas, ni por los proyectos emprendidos. Me bastaría con que algunas personas pudieran decir que, al encontrarse conmigo, descubrieron un poco mejor cuánto las ama Dios.



Al comenzar mi ministerio sacerdotal, no tengo grandes certezas sobre el futuro. Sólo una convicción sencilla que sostiene mi vida: el Señor ha sido infinitamente mejor conmigo de lo que yo hubiera podido imaginar.

Y por eso, mirando el camino recorrido y el que todavía queda por recorrer, la palabra que sigue brotando espontáneamente de mi corazón es la misma que pronuncié en mi primera misa: Gracias.

Gianluca Pitzolu, MSC. Provincia de España

Un testimonio de fraternidad en el mundo de hoy

Hermanos en el corazón de la oración y la misión



www.magnific.com

Mi nombre es Hno. Simon Lumpini, Misionero del Sagrado Corazón de la República Democrática del Congo (Kinshasa). Actualmente sirvo en Roma como Consejero General de la Congregación. Dentro de la Administración General, se me ha confiado la animación y el acompañamiento de los hermanos de la Congregación en todo el mundo, al tiempo que formo parte de la Comisión de Formación.

Mi vocación como hermano religioso y mi misión internacional me han dado la oportunidad de encontrarme con hermanos de muchas culturas, lenguas y realidades misioneras. A través de estas experiencias, he llegado a apreciar todavía más profundamente la belleza y la importancia de la vocación del hermano religioso en la Iglesia y en el mundo actual. En todos los continentes donde está presente nuestra Congregación, los hermanos religiosos ofrecen un testimonio del Evangelio silencioso y, sin embargo, indispensable. Su misión es a menudo discreta, a veces oculta, pero profundamente transformadora. Acompañar a estos hermanos significa escuchar sus historias, apoyar su formación, alentar su vocación y promover su presencia dentro de la vida y la misión de la Congregación. Como nos recuerda Jesús: «El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mc 10,43). Los hermanos religiosos son hombres consagrados a Dios mediante la vida religiosa, que viven los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. A diferencia de los sacerdotes, su identidad no se centra en el ministerio sacramental, sino en la fraternidad, el servicio, la presencia y el testimonio. Su vocación nos recuerda que, antes de cualquier ministerio

o responsabilidad, todos somos hermanos y hermanas ante Dios. Como dice el mismo Cristo: «Todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8).

Personalmente, algunos hermanos me han animado en ocasiones a hacerme sacerdote. Mi respuesta siempre ha sido serena y sincera: si me hiciera sacerdote, probablemente sería un mal sacerdote, porque esa no es mi vocación. Creo firmemente que Dios me llamó a ser hermano, y me siento orgulloso y feliz de servir a la Iglesia de este modo. Permanecer como hermano religioso no es una limitación; es una gracia, una misión y una fuente de alegría.

Para mí, no existe competencia entre hermanos y sacerdotes. Nos complementamos en la misión de la Iglesia. En nuestra Congregación vivimos y trabajamos juntos, compartiendo el mismo carisma y espíritu misionero. Antes de cualquier ministerio o título, todos somos hermanos llamados a servir a Dios y a su pueblo. Como escribe san Pablo: «Hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor» (1 Cor 12,5).

En todo el mundo, los hermanos desempeñan una notable diversidad de misiones. Algunos trabajan en escuelas y universidades, acompañando a los jóvenes en su educación y desarrollo. Otros sirven en parroquias, centros de retiros o proyectos sociales entre los pobres y marginados. Muchos dedican su vida a la administración, la atención sanitaria, la formación, la comunicación o el ministerio pastoral. Algunos son misioneros en aldeas remotas; otros acompañan a migrantes, refugiados o niños vulnerables. En todas estas realidades se convierten en signos de compasión, sencillez y cercanía.

Lo que más me impresiona al acompañar internacionalmente a los hermanos es su disponibilidad. Allí donde la Congregación los necesita, a menudo están dispuestos a ir. Sirven con humildad, normalmente sin buscar reconocimiento. Su testimonio habla a través de la vida cotidiana: mediante la presencia, la fidelidad, el espíritu comunitario y el cuidado de los demás. Sus vidas hacen eco de las palabras del profeta Isaías: «Aquí estoy, envíame» (Is 6,8).

Sin embargo, en muchas partes del mundo, la vocación del hermano religioso sigue afrontando desafíos. A veces no se comprende plenamente, incluso dentro de la Iglesia. En sociedades que suelen valorar el poder, los títulos y la visibilidad, la vocación del hermano puede parecer menos atractiva para los jóvenes. Y, sin embargo, quizá esta sencillez sea su mayor fortaleza. El hermano nos recuerda que la grandeza en el Reino de Dios se encuentra en el servicio, la fraternidad y las relaciones humanas auténticas.

En algunas comunidades, los hermanos siguen experimentando el dolor de no ser plenamente comprendidos o valorados en su vocación. A veces pueden sentir que se les valora más por lo que podrían llegar a ser que por quienes son como hermanos religiosos. Esta falta de reconocimiento puede tener graves consecuencias. Algunos terminan buscando la ordenación sacerdotal, no necesariamente porque se sientan llamados al sacerdocio, sino porque esperan encontrar una mayor aceptación o reconocimiento. Otros se desaniman y eligen abandonar por completo la vida religiosa. Sin embargo, muchos permanecen fieles a su vocación a pesar de estos desafíos. Su perseverancia es un poderoso testimonio de su confianza en la llamada de Dios. Como nos recuerda la Iglesia en Identidad y misión del hermano religioso en la Iglesia, “el hermano religioso hace visible el valor de la fraternidad como don evangélico fundamental”. Estas situaciones nos recuerdan la importancia de construir comunidades donde cada vocación sea respetada, apoyada y valorada por su contribución única a la misión de la Iglesia.

Un aspecto importante de mi misión en la Casa General es, por tanto, promover el conocimiento y la valoración de la vocación del hermano. Esto incluye organizar encuentros, programas de formación permanente y oportunidades de diálogo entre hermanos de diferentes culturas. Significa también escuchar sus inquietudes, animar a los hermanos más jóvenes y ayudar a las comunidades a reconocer la riqueza que los hermanos aportan a la vida religiosa.

Me inspira especialmente la generación más joven de hermanos que continúa abrazando esta vocación con valentía y generosidad. En un mundo marcado por el individualismo, la competencia y la incertidumbre, su opción por la vida comunitaria y el servicio se convierte en un signo profético. Nos recuerdan que la verdadera alegría no procede del estatus ni de la posesión, sino de entregar la propia vida por los demás. Como dice el Evangelio: «Hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20,35).

Como escribe el papa Francisco en Fratelli Tutti (n. 8): “Nadie puede afrontar la vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude”. Los hermanos religiosos encarnan este espíritu de fraternidad mediante su vida cotidiana y su compromiso misionero.

Mientras continúo esta misión en la Casa General, sigo profundamente agradecido por el testimonio de tantos hermanos de todo el mundo. Su compromiso, generosidad y perseverancia siguen inspirando a nuestra Congregación y a la Iglesia en su conjunto. También animo a mis hermanos a permanecer fieles a su vocación como hermanos religiosos, al tiempo que promueven esta vocación entre los jóvenes que se sienten llamados a seguir a Cristo de este modo. La Iglesia y el mundo siguen necesitando hermanos: hombres de fraternidad, sencillez, servicio y compasión.

Quizá esta sea la verdadera vocación del hermano: no buscar protagonismo, sino hacer visible el amor de Dios mediante una vida de fraternidad y servicio.

Simon Lumpini, MSC. UAF

Se inicia la fase de redacción de la Positio

En el proceso para la beatificación del P. Emiliano Tardif, msc.

El P. Emiliano Tardif era Misionero del Sagrado Corazón (MSC) y un conocido predicador del Movimiento Carismático Católico. Comenzó su labor misionera en la Repúli-



ca Dominicana poco después de ser ordenado sacerdote en Canadá. Tras años de trabajo intenso cayó gravemente enfermo. Una tuberculosis pulmonar le obligó a volver a su país de origen donde ingresó con un diagnóstico poco esperanzador. Debía estar en el hospital ingresado, al menos, un año para su recuperación. Todo está muy bien contado en la película basada en su vida que se estrenó en España el 8 de mayo: ‘Día 8. El soplo del espíritu’. Emiliano era un misionero convencido de que su labor debía estar con las personas más desfavorecidas, con aquellas que necesitaban el amor compasivo de Jesús. El P. Joaquín Herrera, msc, postulador de la causa, explica que hubo dos circunstancias clave en el carácter misionero del P. Tardif. En primer lugar, la vivencia familiar. Sus padres eran profundamente religiosos y su padre especialmente generoso. Él decía de su padre que tenía el don de la pobreza. En segundo lugar, el carisma de los Misioneros del Sagrado Corazón, que llevan por todo el mundo el mensaje de Jesús, que nos ama con un amor cercano, tierno, compasivo, misericordioso, fuerte y constante. Estando en el hospital, un grupo del Movimiento Carismático Católico se ofreció a orar por él para su sanación. La experiencia de Emiliano no había sido muy positiva con ellos en las parroquias donde sirvió, pero aceptó un poco a la fuerza. Él afirmaba que, a medida que oraban por él, sintió un calor en el pecho y empezó a mejorar. Días después, los médicos no se explicaban cómo, pero aseguraban que la tuberculosis había desaparecido.

“Su curación -cuenta el P. Joaquín- lo convirtió en un hombre de oración. Su redescubrimiento del Dios vivo le llevó a encontrar otra vía para la solución de los problemas sociales de Latinoamérica. Pero su énfasis ya no estaba tanto en la promoción social, como en presentar un Jesús vivo de acuerdo a nuestro carisma MSC, cercano, compasivo, misericordioso, fuerte y constante. La verdad es que pienso que también Dios me está llamando a ser más hombre de oración. Quien trabaja con miel, algo se le pega. Espero que se me pegue también. Yo creo que me siento llamado a rezar este trabajo, a interiorizarlo. Como cuando te invitan a predicar un retiro. Lo haces pensando en cómo llevar el Evangelio a aquellos a quienes vas a hablar, pero te das cuenta de que eso también es para ti. En la medida en que trabajas para darte, el Señor te dice que eso es para ti también”.

Emiliano Tardif, al regresar a República Dominicana, repartió su tiempo entre el ministerio parroquial y la predicción, pero poco después solicitó a sus superiores dedicar su labor a la llamada que el Señor le hacía a predicar un Cristo vivo. El P. Joaquín lo explica así: “Unió la Espiritualidad del Corazón, propia de los MSC, con el ardor misionero de la Nueva Evangelización. Hizo de la devoción al Sagrado Corazón el centro de su vida espiritual y anunció el Evangelio del amor misericordioso presentando a Jesús vivo, empeñado en hacer saber a los pobres de este mundo que Dios los quiere, de modo particular a



los enfermos. Siempre estaba disponible, con la confianza puesta en Dios, que es amor”.

Cuenta una anécdota muy particular que le sucedió con él. En una conversación le decía al P. Tardif que ellos eran como burros, que llevan grandes cargas para servir a los demás. Nunca se imaginó que aquellas palabras quedarían grabadas en su memoria y que, años después, escribiría el libro ‘Soy el burro de Jesús’.

El P. Herrera lo conoció antes de la curación, pero sobre todo después, ya con la idea de anunciar ese Jesús vivo y cultivar el don de la sanación. “Vi otro Emiliano. Un Emiliano que seguía siendo muy MSC, pero ahora totalmente abierto al Espíritu Santo, que le llevó por caminos que ni él se imaginaba. Como persona siguió siendo él mismo, con su disponibilidad, su actitud de trabajo, eso sí, cuidándose más la salud, muy humilde y alegre. Tras la curación le vi con más apertura, con más sentido de ver el amor de Dios. Con un mayor convencimiento en las palabras de Jesús, «el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún» (Jn 14,12), esto concretado en el ministerio de sanación. Se le notó un cambio de vitalidad de espíritu, con más fuerza, entregado a su nueva misión”.

Se presentaba de una manera sencilla. Sin darse importancia por sus estudios o títulos. Hablaba de la experiencia de Jesús vivo que actúa ahora, que es un Jesús que ama. Sentía que le había elegido a él para eso. Era el mismo cuando trataba a una persona humilde en la Repúbli-

ca Dominicana, como cuando trataba con la reina Fabiola en Bélgica. No hacía distinción de personas. Muchas veces a sus encuentros iban personas muy notables. De hecho, cuando falleció, el presidente de República Dominicana decretó un día de luto en el país. No fue sólo una manifestación del pueblo, de las personas humildes a las que ayudó y por las que se hizo misionero, sino también a más alto nivel social, reconocido por su labor.

“Afronto el trabajo de la Positio como una de las ‘trampas’ de Dios –explica de modo jocoso el P. Joaquín Herrera-. Acabo de dejar una labor importante en Roma para la Congregación, debía volver como misionero a Centroamérica, donde he estado durante décadas, pero decidí volver a España y, ahora que me encuentro con mucho tiempo para dedicar a labores más ‘intelectuales’, se inicia la fase de redacción de la Positio de la causa de Emiliano Tardif. Labor que ya desarrollé con los Beatos Mártires de El Quiche en Guatemala. Lo voy a hacer con ilusión, sé que me va a costar mucho, pero Dios dirá. Espero tener salud para terminar el trabajo. Quizás pueda entregar la Positio terminada en un año y medio”.

“Simplemente con el encargo y a la espera de los 12 tomos de información de la fase diocesana, ya estoy sintiendo el don de la oración, la necesidad de orar. Lo que me depara este proceso no sé, el Espíritu Santo lo irá iluminando. El texto de la stampa de mi ordenación decía: «Mirad que, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano» (Jeremías 18,6). Mi experiencia es que el Alfarero me ha llevado en mi vida misionera moldeando un montón de instrumentos con su arcilla. No merece la pena que piense tanto en cómo va a hacer con esta nueva arcilla, sino dejarme llevar e ir avanzando. Él me sube, me baja, me convierte en jarrón de un salón real y al cabo de unos años me hace bacinilla de un hospital. Uno, como misionero, siempre tiene que estar disponible, lo importante es saber ser arcilla en las manos de Dios. Es una de las cosas que he vuelto a descubrir en Emiliano, al menos a tomar conciencia, que también supo desprenderse de muchas cosas para realizar lo que Dios le había encomendado, anunciar a Jesús vivo y sanar a personas con muchas dificultades”.

Javier Trapero. España

Responder a la llamada bautismal a la santidad (II)

Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo. (Lev. 19,1-2)



Responder a la llamada a la santidad es un don de sí mismo.

Los cristianos han recibido la llamada a la santidad mediante el bautismo, pero sigue abierta la cuestión de cómo responder a ella en nuestros días. Puesto que no existe una única medida para la amistad, porque siempre se trata de vivir y pasar tiempo con un amigo, Dios no imaginó ni estableció una medida o «molde» para la santidad en el que todos deban entrar. El resultado es un corazón vacío, la incompreensión y la confusión en la vida.

El papa Francisco, en la exhortación apostólica *Gaudete et Exultate*, se propone hacer resonar una vez más la llamada a la santidad, intentando encarnarla en las circunstancias actuales, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque la llamada de Dios se dirige a todos, como señala san Pablo: nos eligió en él antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e intachables ante él. La respuesta a esta llamada de amor no es posible sin la oración y la colaboración del ser humano. La relación causal entre santidad y consagración es confirmada por el papa Francisco: Un cristiano no puede pensar en su misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad de Dios: vues-

tra santificación» (1 Tes 4,3). Los medios de santificación son bien conocidos en la tradición cristiana: la oración, los sacramentos, las diversas formas de espiritualidad y el acompañamiento espiritual.

Reflexionar sobre la santidad exige tanto la consagración como la perfección. Es habitual que la santidad sea percibida como una meta inalcanzable y, a veces, indeseable por los creyentes corrientes. Entender la santidad como la capacidad de dominar los pecados y responder positivamente a las exigencias de una perfección radical lleva a experimentarla como algo inalcanzable. Para confirmar este enfoque, la búsqueda de la perfección se guía por la perfección del mismo Dios: Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5,48). Para Teresa del Niño Jesús: La perfección consiste en

Se ignora en gran medida el hecho de que la Palabra de Dios tiene la fuerza de hacer, de actuar, de realizar lo que dice, o de que posee un aspecto performativo. Sin embargo, la Palabra de Dios posee también una fuerza paradigmática porque busca la otra mitad, que es la vida. En efecto, cuando se acepta asociar un acontecimiento de las Escrituras con una vida concreta, se revela el poder milagroso que sitúa al cristiano en la obra de Dios.

La perfección a la que todos están llamados se revela en la entrega. El Hijo de Dios fue entregado a cada hombre y a cada mujer. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las Bienaventuranzas: El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo, mediante comienzos que no tienen fin. Nunca deja de desear lo que ya conoce. La llamada a la perfección implica una entrega de sí mismo sostenida por la gracia, que busca el compromiso espiritual y conoce lugares dolorosos de purificación («noche oscura del alma»), pero también caminos diferentes hacia una alegría inefable. El camino de la santidad es personal y requiere una verdadera pedagogía de la santidad, que puede adaptarse a cada persona e incorporar muchas posibilidades. La realización de este itinerario personal tiene lugar siempre dentro de una comunidad concreta que sostiene a quien está llamado a ser santo. Un santo es quien manifiesta un deseo sincero de transformación y una pureza moral ejemplar.

Todo bautizado está llamado a la santidad

Jesús explicó con gran sencillez qué significa ser santo. No es imposible aprender acerca de la santidad, hacer un curso sobre ella o incluso estudiar espiritualidad, sin que exista una participación personal y activa de la mente y del corazón. Sin un deseo sincero de transformar la información sobre la santidad en santidad vivida, es poco probable que se genere la fuerza necesaria para tomar decisiones serias y responder conscientemente a la llamada general a la santidad. Esta respuesta permite que la Palabra se haga tangible y resuene en toda la vida cristiana. El Catecismo de la Iglesia Católica advierte claramente de esta dimensión: El Verbo se encarnó para ser nuestro modelo de santidad: «Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí». «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí». El modo de hacer las cosas evoca habitualmente un movimiento con una dinámica particular que también exige esfuerzo. Él es el Camino, en cuanto mediador que revela al Padre. Por eso la santidad es una realidad dinámica, no estática.

En la realidad de la vida cotidiana, los cristianos deben dar testimonio de la figura del Maestro, como subrayan las Bienaventuranzas. Todo sería más sencillo si la santidad pudiera asegurarse mediante un determinado número de rosarios, campañas de recaudación y compromisos comunitarios. No es extraño que se desplace el cuidado de la santidad hacia otros creyentes, imaginando que estarían mejor situados que uno mismo para responder a esta llamada, de modo que a



hacer la voluntad de Dios, en ser lo que él quiere que seamos. Es posible que la respuesta de Jesús al joven rico resulte desconcertante: Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme (Mt 19,21). Es posible comprender el vínculo entre la palabra de perfección de Dios y la vida si una persona posee las siguientes cualidades: Perfectos en la pureza de corazón, perfectos en la compasión y el amor, perfectos en la obediencia, perfectos en la conformidad con la voluntad del Padre, perfectos en santidad: al oír estas palabras podemos sentirnos comprensiblemente tentados al desaliento, pensando que la perfección es imposible para nosotros.

veces se pospone esta pesada tarea hasta el final de la propia vida. En ocasiones, la santidad se aplaza para otro momento de la vida. Algunos consideran la santidad un camino normal para otros, algo que el papa Francisco critica con firmeza: Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes pueden apartarse de las ocupaciones ordinarias para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y dando testimonio en todo lo que hacemos, allí donde nos encontramos. Según el papa Francisco: Muchas veces es la santidad «de la puerta de al lado», la de aquellos que viven entre nosotros y reflejan la presencia de Dios. Podríamos llamarlos «la clase media de la santidad». San John Henry Newman fue uno de los primeros pensadores cristianos que exploró explícitamente el vínculo entre la fe, la vida, la realidad, el corazón, la conciencia y la imaginación. Su reflexión puede ser ciertamente útil. Hizo creíble hoy el Evangelio de Cristo. En lugar de una santidad heroica romántica, estereotipada y propia del siglo XIX, la hermosa pero atormentada trayectoria vital de Newman nos muestra que la santidad puede y debe ser imaginada de nuevo hoy a la luz de la Pascua. Por amor incondicional, Cristo resucitado comparte su vida con la vida de cada uno de nosotros.

El deseo y la manera de seguir a Cristo y de construir una relación con él determinan siempre qué es la santidad. El camino

de la santidad requiere acompañamiento espiritual y lectura espiritual. La orientación espiritual y la inspiración para conducir a una persona a seguir las vidas de los santos son elementos esenciales para cualquier aproximación seria al crecimiento espiritual personal. Por muy seriamente que uno se acerque a los santos canonizados, las personas declaradas oficialmente santas, pronto descubre que el camino hacia la santidad no puede comprenderse con facilidad, lo que puede conducir al desaliento por las extraordinarias virtudes y la perfecta consagración a Dios que se esperan. También es posible que determinadas enseñanzas de los santos desanimen a alguien por parecer irrealizables, perturbadoras, poco razonables, desequilibradas o incluso falsas, lo cual se asemeja a la reacción de muchos ante las enseñanzas de Jesús. Respecto a los santos, es necesario observar su vida en su totalidad y su itinerario interior de consagración, la parte en la que algo de Jesucristo toma forma. Es una cuestión de mirada interior que transforma todo lo que uno ha vivido, sentido y querido, aquello que desea y por lo que se esfuerza para transformarse a sí mismo, alcanzar las profundidades del conocimiento de una belleza inconmensurable, el sentido de cada momento y el abandono en Dios. Newman se centró siempre en la santidad y la bendición que esperan a quienes, con la ayuda de la gracia, preparan sus corazones y sus conciencias para acoger a Dios y escuchar su voz. Ciertas cualidades de esa santidad se manifiestan en el amor a Dios y al prójimo. Se reconocen en la paciencia y la mansedumbre, la alegría, el sentido del humor, la audacia y el fervor, la comunidad y la perseverancia en la oración. En este sentido, cuatro principios pueden ser útiles como base para una correcta comprensión del camino espiritual sin el cual no hay santidad.

La unión con Dios es completamente inaccesible mediante el solo esfuerzo humano: es un don que únicamente Dios puede conceder. El progreso en la vida espiritual depende por entero de su gracia. Dios es el camino y el destino.

Sin embargo, el esfuerzo humano es necesario. Los santos llaman a esto la disponibilidad del hombre para la unión. Los esfuerzos de una persona le ayudan a recibir los dones de Dios. Y, por supuesto, es la gracia de Dios la que abre espacios de posibilidades y deseos increíbles. También allí buscarás al SEÑOR, tu Dios, y ciertamente lo encontrarás cuando lo busques con todo tu corazón y con toda tu alma. (Dt 4,29).

Es importante evaluar qué es necesario antes de aceptar una tarea, si se quiere llevar a cabo con éxito. Para poder unirse profundamente a Dios, es necesario que se produzca un gran cambio; uno debe purificarse, transformarse y sanar de todas las heridas y de los impactos dolorosos, así como de los pecados personales: Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (Hch 14,22).

El camino de la santidad debe estar arraigado en la santidad de la propia Iglesia; es decir, sin el fundamento eclesial, la santidad difícilmente puede comprenderse en la Iglesia y en la sociedad.

Bernard Mongeau, MSC.
Provincia de la República Dominicana



Protección y sensibilidad cultural

Queridos hermanos Misioneros del Sagrado Corazón,
Queridos miembros de la Familia Chevalier,
Queridos lectores:

En el último número de nuestro Boletín os presentamos nuestra Comisión Congregacional para la Protección de Menores y Personas Vulnerables. Como habéis visto, este organismo es al mismo tiempo mixto, internacional e intercultural. Reúne a personas con competencias y trayectorias diversas en los ámbitos de la protección, la psicología y el derecho canónico.

Su misión es apoyar a nuestras entidades en la implantación y el fortalecimiento de una verdadera cultura de la prevención, atenta a las realidades locales y a los entornos en los que vivimos y desarrollamos nuestra misión.

Con este espíritu, la Oficina de Protección organizó el pasado mes de mayo un encuentro en línea con los Provinciales y los responsables de las Uniones sobre el tema: ‘Cómo formar un equipo o comité de Protección a partir de los modelos existentes dentro de la Congregación’. Si bien esta iniciativa favoreció intercambios enriquecedores, la baja participación de los responsables de nuestras Provincias y Uniones que debían estar presentes deja una sensación de tarea incompleta y revela una realidad preocupante: para algunas entidades, esta cuestión todavía no figura entre las prioridades.

Sin embargo, varios participantes, convencidos de la urgencia de un compromiso congregacional más firme, propusieron crear una plataforma de formación para los delegados provinciales responsables de este ámbito. Con el impulso y el apoyo de los responsables locales, podemos contribuir juntos al surgimiento de una verdadera cultura de la prevención. Como dice el refrán: “Más vale prevenir que curar”. No esperemos a que sea demasiado tarde para desarrollar entornos seguros y sistemas adaptados mediante la formación, la sensibilización y la responsabilización de nuestros miembros y colaboradores, comenzando por las familias y por la formación inicial de nuestros jóvenes hermanos.

En esta misma línea, en junio participamos en la Conferencia Internacional sobre Protección organizada por el Instituto de Antropología (IADC) de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Bajo el lema ‘Un compromiso, muchos contextos: la protección a través de las culturas’, este encuentro puso de re-

lieve el papel esencial de la dimensión cultural en cualquier enfoque de prevención y acompañamiento.

Las distintas intervenciones subrayaron que la cultura es un componente fundamental de la identidad humana. Influye profundamente en los valores, los comportamientos, las relaciones sociales y la manera en que se perciben la vulnerabilidad y la seguridad de las personas. Puesto que configura nuestra comprensión de la responsabilidad, la autoridad, el daño y el cuidado de los más vulnerables, cualquier política en este ámbito debe basarse en una competencia cultural real. Ningún enfoque eficaz puede apoyarse en planteamientos uniformes o soluciones únicas; por el contrario, exige un conocimiento detallado de las realidades locales, las creencias, las tradiciones y las experiencias vividas.

Esta visión se fundamenta en la humildad cultural, la escucha activa y el reconocimiento de los saberes presentes en las comunidades. Reclama

la colaboración con líderes locales reconocidos e ‘intérpretes culturales’, el uso de un lenguaje accesible frente al vocabulario técnico o jurídico y la participación de todos los sectores de la sociedad. El objetivo es establecer mecanismos que sean comprendidos, aceptados y sostenidos por las propias comunidades.

Los ponentes recordaron también que el compromiso en este ámbito debe ser a la vez personal y colectivo. El respeto a las culturas y las tradiciones no puede disociarse de la protección incondicional de la dignidad

humana. Aunque las prácticas deben adaptarse a las realidades locales para seguir siendo pertinentes y eficaces, la cultura nunca debe utilizarse como pretexto para el abuso, la explotación o cualquier otra forma de violencia.

También se subrayó que la creación de espacios seguros se apoya en la confianza, en la eliminación de las barreras a la denuncia —sean físicas, sociales o culturales— y en la capacidad de abordar con discernimiento cuestiones sensibles o tabúes. Las instituciones, y más particularmente las comunidades religiosas, están llamadas a ser lugares de refugio, sanación y acompañamiento, donde las víctimas sean acogidas con respeto, escucha y compasión.

En definitiva, una acción sostenible se basa en la cooperación con las comunidades, la valoración de la diversidad, la comunicación respetuosa y la capacidad de comprender las diferencias antes de emitir juicios. La pluralidad cultural no es un obstáculo; puede convertirse en un recurso valioso para reforzar la prevención, la vigilancia y la atención a los más vulnerables. Desde esta perspectiva de sensibilidad cultural orientamos nuestras actividades. Que nuestras iniciativas, tanto en el ámbito local como congregacional, contribuyan al crecimiento de una auténtica cultura de protección al servicio de la dignidad y la seguridad de todos.

Didier Mbela Bongoy, MSC. UAF
(Coordinador de la Oficina de Protección de Menores)



De la devoción a la espiritualidad (&II)

La evolución del Sagrado Corazón

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús ha acompañado durante siglos a la tradición cristiana, alimentando la fe de innumerables creyentes. Sin embargo, la devoción, aun siendo fuente de vida para muchos, no agota por sí sola el significado del Corazón de Jesús. Con el paso del tiempo, especialmente como respuesta a los cambios culturales y teológicos, la Iglesia se ha visto invitada a pasar de la sola devoción, hacia lo que hoy se denomina con mayor precisión Espiritualidad del Corazón: una forma integral de vivir la vida cristiana desde su centro más profundo.

Esta evolución no es un rechazo de la devoción, sino su maduración.

El corazón bíblico: más que emoción

Toda comprensión auténtica del Sagrado Corazón debe comenzar en la Escritura. En la antropología bíblica, el corazón no es un órgano sentimental ni simplemente la sede de los sentimientos. El término hebreo 'lev' se refiere al núcleo de la persona: el lugar del pensamiento, el deseo, la decisión moral, la memoria y la relación con Dios. La Escritura habla del corazón más de novecientas veces, situando de manera constante la fe y la fidelidad no en la observancia externa, sino en la orientación interior.

Cuando Jesús habla de ser «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29), no está describiendo un estilo emocional, sino revelando la manera en que Dios se relaciona con la humanidad. Su corazón es el lugar donde se encuentran el amor divino y la vulnerabilidad humana. Desde el comienzo, por tanto, el Corazón de Jesús no pertenece a los márgenes de la fe, sino a su centro.

La devoción primitiva: una intuición contemplativa

Las primeras referencias cristianas al Corazón de Cristo no surgen como devociones populares, sino como intuiciones teológicas y místicas. Padres de la Iglesia como Justino Mártir e Ireneo hablaron de la Iglesia nacida del Corazón de Cristo, viendo en el costado traspasado de Jesús la fuente de la vida sacramental y de la comunión.

A lo largo de la Edad Media, místicos como Bernardo de Claraval, Buenaventura, Gertrudis de Helfta y Matilde de Magdeburgo profundizaron esta intuición. Su atención no se centraba principalmente en las prácticas, sino en la transformación interior: el intercambio de corazones, el aprendizaje de la compasión divina, la escucha del latido de Dios. En esta etapa, la devoción funcionaba como una teología contemplativa vivida mediante el símbolo y la experiencia.

El auge de la devoción popular

A partir del siglo XVII, particularmente por la influencia de Margarita María de Alacoque, la devoción al Sagrado Corazón adquirió una forma más popular y organizada. Este desarrollo se produjo en un contexto histórico concreto marcado por la inestabilidad social, la inseguridad religiosa y un sufrimiento generalizado.

Aquí la devoción desempeñó un papel vital. Ofreció consuelo, seguridad y una expresión tangible del amor de Dios en un mundo vivido como duro y punitivo. Como señala Diarmuid O'Murchu, para millones de personas esta devoción ha sido —y continúa siendo— una fuente de supervivencia y esperanza.



Sin embargo, esta misma fortaleza reveló también una limitación. Cuando la devoción se vuelve principalmente consoladora, corre el riesgo de permanecer en el ámbito interior e individual, ofreciendo alivio sin afrontar necesariamente las causas estructurales y sistémicas del sufrimiento.

La distinción crítica: devoción y espiritualidad

En el siglo XX surgió una clarificación teológica decisiva, especialmente dentro de la tradición MSC. Figuras como Eugene Cuskelly, MSC, formularon una distinción que resultó crucial: la diferencia entre la devoción al Corazón de Jesús y la Espiritualidad del Corazón.

Ottavio De Bertolis, SJ, lo expresa con claridad: “la devoción puede ser hermosa, pero opcional; la espiritualidad, en cambio, es indispensable porque configura la manera en que se vive el conjunto de la vida cristiana”.

La espiritualidad funciona como una lente, como una manera de ver, interpretar y responder a la realidad. Integra el culto, la teología y la vida cotidiana en un conjunto coherente.

Desde esta perspectiva, el Corazón de Jesús no es un ‘extra’ añadido al cristianismo. Se convierte en la clave mediante la cual se comprende y se vive todo el misterio de Cristo.

Julio Chevalier y el surgimiento de un discipulado maduro

Esta maduración encontró una expresión concreta en la visión de Julio Chevalier, que vivió en medio de las convulsiones políticas, sociales y eclesiales de la Francia del siglo XIX. Chevalier no se limitó a promover una devoción; propuso una forma de vida configurada por el Corazón de Jesús.

Como muestra Ángel García-Zamorano, MSC, Chevalier entendió el Corazón de Jesús como una respuesta a la fragmentación de la modernidad, una sociedad marcada por la revolución, la industrialización y la erosión de los vínculos comunitarios.

Para Chevalier, el Corazón simbolizaba la compasión inquebrantable de Dios en un mundo herido, pero también llamaba a los creyentes a encarnar esa compasión en los ámbitos social, político y pastoral.

Es aquí donde la devoción evoluciona hacia la espiritualidad. La pregunta pasa de ‘¿Cómo honro el Corazón de Jesús?’ a ‘¿Cómo configura el Corazón de Jesús mi manera de vivir, relacionarme y actuar?’.

Del consuelo a la transformación

Este cambio comporta importantes consecuencias teológicas. Como observa O’Murchu en su reflexión sobre *Dilexit Nos*, una devoción centrada únicamente en el consuelo puede reforzar involuntariamente la pasividad o la dependencia, sobre todo si permanece desvinculada de la justicia, la liberación y el empoderamiento mutuo.

La Espiritualidad del Corazón, por el contrario, es intrínsecamente relacional y orientada hacia fuera. Comienza



con el amor incondicional de Dios, pero no termina ahí. Pregunta cómo ha de encarnarse ese amor en situaciones históricas concretas marcadas por la desigualdad, la exclusión y la degradación ecológica.

Una espiritualidad sin fronteras

Este movimiento hacia fuera queda poderosamente expresado en el lenguaje de una Espiritualidad sin Fronteras. El Corazón de Jesús revela a un Dios cuyo amor rechaza la exclusión y atraviesa fronteras religiosas, culturales, sociales y psicológicas. Una espiritualidad así no puede permanecer confinada en la devoción privada. Busca expresarse en la humanidad compartida, la colaboración con los laicos y el compromiso con el sufrimiento del mundo.

Aquí el Sagrado Corazón se convierte en una espiritualidad misionera y sinodal, que forma comunidades capaces de compasión, diálogo y presencia valiente en situaciones sin corazón.

Plenitud, no abandono

La evolución de la devoción a la espiritualidad no pide a los creyentes que abandonen prácticas queridas. Más bien los invita a situarlas dentro de un horizonte más amplio. La devoción conserva su sentido cuando abre el corazón; la espiritualidad comienza cuando ese corazón abierto transforma la manera de vivir.

En este sentido, la Espiritualidad del Corazón representa la maduración adulta de una tradición que siempre ha apuntado más allá de sí misma. Llama a los creyentes no sólo a descansar en el Corazón de Cristo, sino a permitir que ese Corazón lata en sus propias vidas, por el bien del mundo.

Chris Chaplin, MSC. Provincia de Australia



Ceremonia de graduación de la Formación en la Práctica de la Facilitación de Grupos

El 8 de junio de 2026, dieciséis participantes en la Formación en la Práctica de la Facilitación de Grupos en lengua inglesa presentaron sus testimonios y recibieron sus certificados durante una ceremonia de graduación en línea.

Los graduados se conectaron desde Filipinas, Indonesia, Senegal, Camerún, Reino Unido, Roma, Namibia, Vietnam, Corea del Sur, Japón, Australia y otras regiones. Miembros de sus comunidades y amigos también asistieron para apoyarlos y celebrar con ellos.

La ceremonia comenzó con la canción 'Avanzando con el Espíritu'. A continuación, los formadores invitaron a cada graduado a ofrecer un testimonio personal de tres minutos. Reflexionaron sobre lo que más les había sorprendido de sí mismos durante las catorce semanas de formación, sus principales aprendizajes y sus esperanzas de futuro como facilitadores. A lo largo de los testimonios surgieron varios temas comunes. Los participantes hablaron de superar temores y dudas inicia-

les, crecer en confianza y autoconocimiento y reconocer la importancia de la escucha profunda, la reflexión y la autoevaluación. Describieron la facilitación no simplemente como un conjunto de técnicas, sino como una manera de estar presentes, ser pacientes y mantenerse conectados con los demás. Algunos subrayaron la empatía, la sensibilidad cultural y la creación de espacios seguros e inclusivos en los que las personas puedan expresarse libremente. Otros reflexionaron sobre el aprendizaje de afrontar sus propias vulnerabilidades, reconocer supuestos y acoger perspectivas diversas. Varios relacionaron estas intuiciones con la espiritualidad del acompañamiento y con su misión en la vida religiosa, el ministerio parroquial, la protección y el liderazgo comunitario. Muchos reconocieron la importancia que tiene la Espiritualidad del Corazón para configurar lo que hacemos como facilitadores. Un participante describió el descubrimiento de una capacidad natural para conectar con las personas mediante el mo-

vimiento y la presencia, mientras que otro habló de pasar de una atención centrada en el rendimiento individual, hacia la interconexión y la sabiduría comunitaria. La facilitación fue descrita como una ‘formación del corazón’, arraigada en la espiritualidad y expresada mediante el servicio.

Una reflexión sobre el monte Carmelo y el significado de Carmelo como ‘jardín’ se convirtió en metáfora de la vida espiritual. Puso de relieve que la presencia precede a la técnica, que el silencio puede ser un trabajo sagrado y que los propios facilitadores forman parte de los sistemas en los que trabajan. Los graduados expresaron el deseo de seguir desarrollando sus capacidades y utilizarlas al servicio de sus comunidades. Entre sus esperanzas estaban apoyar a hermanos y hermanas en el ministerio, contribuir a futuros programas de formación y, algún día, ofrecer el programa en francés para los miembros francófonos de África.

Cada graduado reconoció la importancia del camino de aprendizaje y animó a los demás a poner en práctica lo aprendido. Sus testimonios transmitieron gratitud por el programa y por su impacto en su crecimiento personal, espiritual y profesional.

Todos los participantes encendieron velas para honrar su aprendizaje y sus nuevas funciones como facilitadores. Después de cada testimonio, el grupo acogió al ponente en silencio como gesto de reconocimiento y apoyo.

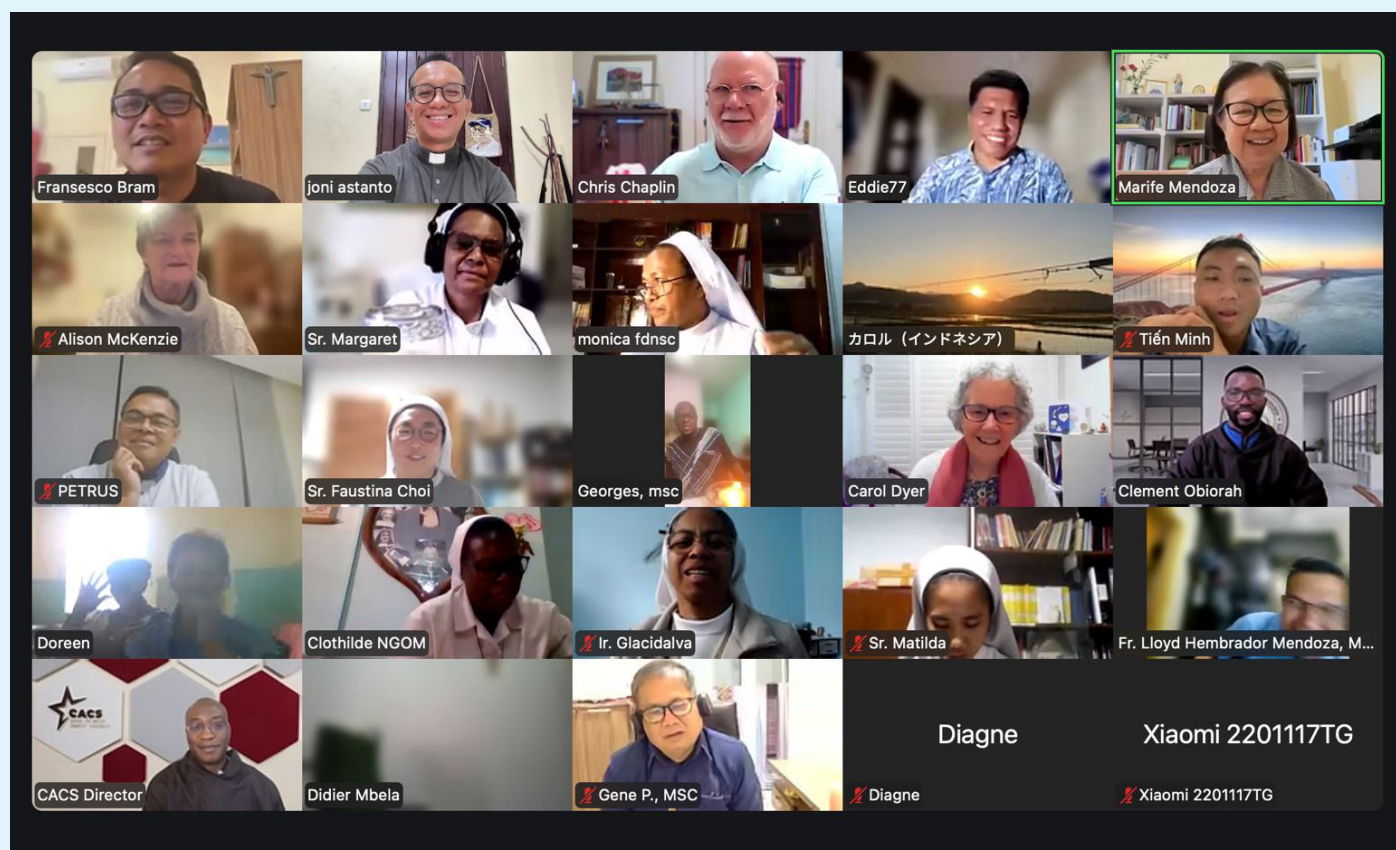
A continuación, los formadores se dirigieron a los graduados. Reflexionaron sobre su propia experiencia de acompañar al grupo y expresaron su gratitud por la oportunidad. Subraya-

ron que aprender es un proceso para toda la vida y que la escucha está en el corazón de una buena facilitación. También reconocieron el compromiso de los participantes, que completaron el programa a pesar de sus exigentes agendas, y expresaron la esperanza de que la formación se traduzca a más idiomas y esté disponible para un mayor número de personas. Los formadores —Marife Mendoza, Carol Dyer, Gene Pejo y Chris Chaplin— entregaron certificados a cada graduado, confirmando que habían cumplido los requisitos y estándares de la formación. Los certificados oficiales se enviarán a los graduados por correo postal o por otros medios adecuados. Enhorabuena a los graduados de 2026: Lloyd Mendoza, Didier Mbela Bongoy, Tién Minh Nguyen, Faustina Choi, Bram Tulusan, Clement Obiorah, Doreen Hendricks, Margaret Bob, Glacialva Iolanda dos Santos, La Edi Theodorus, Maria Monica Kaha, Joni Astanto, Alexander Ezechukwu, Carol Sompotan, Clotilde Ngom y Georges Diabone.

La ceremonia concluyó con una bendición que los formadores impartieron al grupo, seguida de la canción ‘Woman of the Sacred Heart’ (La Mujer del Sagrado Corazón). Después, los participantes continuaron la celebración con sus comunidades locales y amigos, así como en línea, compartiendo felicitaciones y bebidas virtuales antes de despedirse. Se puso a disposición de los participantes una grabación en vídeo de la ceremonia.

Gracias a todos los que han participado en la Formación de 2026.

Chris Chaplin, MSC. Provincia de Australia



La espiritualidad del corazón como espiritualidad orientada al proceso



Lo que me gustaría compartir en esta ocasión es el fruto de mi reflexión sobre una experiencia que tuve al participar en un curso de facilitación ofrecido por la Comisión de Formación Continua. Se trata de una reflexión sobre el núcleo mismo de nuestra vida: la Espiritualidad del Corazón.

Durante una de las sesiones, me conmovió profundamente leer que la Espiritualidad del Corazón puede entenderse como una forma de espiritualidad 'orientada al proceso'. Es una espiritualidad que ve la vida cristiana como un camino continuo de transformación, más que como un mero sistema de creencias o un conjunto de reglas rígidas. En su esencia se encuentra la convicción de que la renovación comienza en el corazón humano, donde se encuentra y se recibe el amor de Dios, y se le permite moldear todo el ser de la persona.

Este proceso de transformación se desarrolla a través de cuatro movimientos interconectados (Cuatro movimientos de la Espiritualidad del Corazón): Encuentro, Intimidad, Conversión, Misión. En primer lugar, hay un 'Encuentro' con el amor incondicional de Dios a través de las experiencias cotidianas, las relaciones, el sufrimiento, la belleza y la oración. Estos momentos nos despiertan a la presencia de Dios, quien, de hecho, ha estado obrando en nuestras vidas desde siempre. Este encuentro se convierte gradualmente en 'Intimidad', donde la persona crece en la conciencia de sí misma y en su relación



con Dios. A través de esta intimidad, las personas comienzan a reconocer su verdadera identidad como personas amadas por Dios y creadas a su imagen.

De esta intimidad surge la 'Conversión', o transformación. No se trata simplemente de una mejora moral, sino de un cambio continuo de corazón. Las viejas actitudes, los miedos y las tendencias egocéntricas son reemplazadas gradualmente por la compasión, la apertura, la humildad y una mayor libertad. Por esta razón, la Espiritualidad del Corazón entiende la conversión no como un evento único, sino como un proceso que dura toda la vida.

En última instancia, un corazón transformado desemboca naturalmente en la 'Misión'. La misión se entiende no simplemente como una actividad o una tarea, sino como la expresión visible de un corazón moldeado por el amor de Cristo. Una persona se vuelve más capaz de mostrar bondad, acompañar a los demás, actuar con compasión y servir a quienes la rodean, especialmente a quienes están marginados en la sociedad.

He llegado a creer más profundamente que la Espiritualidad del Corazón es verdaderamente una espiritualidad orientada al proceso, porque invita continuamente a las personas a un encuentro más profundo, a una mayor intimidad, a una conversión continua y a una misión renovada. Es un camino dinámico y que dura toda la vida para vivir cada vez más plenamente en el Corazón de Cristo.

Bram Tulusan, MSC. Provincia de Indonesia

Reunión de la Comisión de Formación Inicial de la MSC

La Comisión de Formación Inicial MSC celebró una reunión en la Casa General de Roma del 8 al 12 de junio de 2026. A la reunión asistieron los miembros de la comisión: Humberto Henrique, Javier Barrio, Bram Tulusan, Juan Corona, Everton, Yonky Wawo, Simon Lumpini y Krish Mathavan.

La reunión comenzó con una reflexión compartida sobre el camino de Emaús, que sirve como principal fuente de inspiración para el proceso de formación dentro de la Congregación. A través de la reflexión personal, el intercambio en grupo y el diálogo comunitario, se invitó a los participantes a reconsiderar cómo Cristo Resucitado sigue caminando junto a sus discípulos y está presente en el camino de formación de cada

miembro MSC. Esta experiencia constituyó la base espiritual para todas las discusiones a lo largo de la reunión.

Uno de los temas centrales fue el estudio a fondo del documento 'Emaús: Formación del corazón'. Los miembros de la comisión examinaron las diversas recomendaciones contenidas en el documento y discutieron sus implicaciones para la formación inicial en los diversos contextos culturales de la Congregación. Se prestó especial atención a cómo la formación puede ayudar mejor a los formandos a crecer a través de los cuatro movimientos del corazón: encuentro, intimidad, conversión y misión.

Además, la comisión reflexionó sobre la formulación de la identidad del grupo y la definición del programa y las áreas de enfoque para los próximos dos años. Estos debates tuvieron como objetivo aclarar el papel de la comisión en el apoyo a los formadores y garantizar que la formación inicial se mantenga fiel al carisma MSC, sin dejar de ser relevante ante los desafíos de nuestro tiempo.

Durante la reunión, los participantes también escucharon las aportaciones del Superior General, de la Comisión de Formación Permanente de la Congregación y de la Oficina de Protección. Las diversas perspectivas compartidas contribuyeron a fortalecer la colaboración entre las comisiones y a enriquecer la visión de la formación integral para toda la Congregación. La reunión concluyó con la celebración de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús junto con la comunidad de la Casa General. Esta celebración fue un momento de acción de gracias y una reafirmación del llamado de los MSC a formar corazones cada vez más semejantes al Corazón de Cristo y listos para ser enviados a la misión de la Iglesia.

Bram Tulusan, MSC. Provincia de Indonesia



Ayudar a quienes tienen menos que nada

Carta completa del Hno. Deiby al P. Joe, fechada el lunes 29 de junio.



Estimado Padre Provincial:

Reciba un cordial saludo, confiando en el Señor que se encuentre bien.

El propósito de esta carta es informarle sobre la compleja situación actual que estamos viviendo en Venezuela, particularmente en Caracas y La Guaira. Queremos comunicarle que ha sido un fin de semana de intenso trabajo. Nuestra sede parroquial se ha convertido en un centro de acopio y, gracias a Dios y a los hombres y mujeres de fe y buena voluntad que confían en la parroquia y en los Misioneros del Sagrado Corazón, hemos recibido numerosas donaciones. Como usted sabe, no contamos con recursos propios de los MSC, por lo que todo este trabajo se está sosteniendo gracias a la inmensa generosidad de la gente. Junto con esta carta, le enviaré algunas imágenes de lo recogido, aunque cabe señalar que gran parte de estos suministros ya ha sido distribuida entre los diferentes centros. De la mano de los laicos de la familia Chevalier, estamos visitando distintos espacios donde se encuentran los refugiados, como canchas deportivas y parques públicos. Ayer logramos atender a 117 familias y 40 niños, entregando medicamentos, pañales para adultos y niños, juguetes, golosinas, alimentos no perecederos y otros productos de primera necesidad, brindándoles, sobre todo, nuestro acompañamiento y escucha. Para esta tarde, hemos programado una visita a un lugar que alberga a 500 personas (entre ellas, 100 adultos y 180





niños), con el fin de evaluar sus necesidades urgentes, escucharlas y ver cómo podemos seguir ayudando. Gracias al valioso apoyo de los laicos, estamos llevando a cabo este trabajo. El P. Juan Jennings está dedicado al 100 % a la atención sacramental, mientras que yo, como hermano religioso, estoy plenamente comprometido con la coordinación del área social. Por otra parte, le informamos de que la infraestructura aeroportuaria se encuentra completamente fuera de servicio debido a los graves daños, situación que se mantendrá hasta nuevo aviso. Tanto los vuelos comerciales nacionales como los internacionales están suspendidos, lo que dificulta enormemente el transporte aéreo de suministros y ayuda. Actualmente, la pista solo funciona para vuelos estrictamente humanitarios coordinados por el Gobierno con otros países. A esta situación logística se suma una importante alerta estructural, ya que se están registrando frecuentes movimientos sísmicos en la zona. Ayer se sintió un terremoto de magnitud 5,5 y esta mañana, a las 7:00, se registró otro de magnitud 5,1. Debido a ello, hoy a las 8:00 recibimos la visita de dos albañiles de confianza de la parroquia para evaluar los daños. Inspeccionaron las fisuras y grietas existentes en las zonas que usted ya conoce (la entrada del templo, la sacristía, el oratorio, el salón pequeño, el salón de usos múltiples y las oficinas). Aunque, en principio, se trata de fisuras y grietas pequeñas y

poco profundas, los especialistas sugieren y recomiendan actuar lo antes posible, ya que la continuidad de los terremotos podría agravar los daños y generar un problema estructural de mayor envergadura.

Con vistas a coordinar las acciones de la Iglesia ante este panorama, mañana, martes, asistiremos a una reunión convocada por el arzobispo de Caracas, en la que participarán párrocos, vicarios, religiosos y religiosas, y hermanos que prestan servicio en las comunidades. El objetivo es escuchar las orientaciones diocesanas y diseñar conjuntamente estrategias para las próximas semanas y meses. Nos estamos preparando con mucha antelación ante la inminente escasez y el desabastecimiento que se avecinan, buscando las mejores formas de responder eficazmente a las necesidades de nuestro pueblo y de nuestros hermanos y hermanas refugiados. A pesar de las adversidades y los riesgos, permanecemos firmes en la misión, confiando en la providencia y en la solidaridad de nuestra comunidad. Le agradecemos de antemano su constante orientación y sus oraciones por nosotros, por nuestras infraestructuras y por nuestro pueblo. Quedamos enteramente a su disposición.

Cordial y fraternalmente en el Corazón de Jesús,

Deiby Fuenmayor, MSC. Provincia de Venezuela
Parroquia de la Santa Cruz / Misioneros del Sagrado Corazón

Reunión de la Familia Chevalier en Ambon

Los miembros de la Familia Chevalier se reunieron en la parroquia de San José, en Passo, Ambon, Indonesia, el 18 de abril de 2026. El punto principal del orden del día fue un retiro dirigido por Celcius Mayabubun, MSC, sobre el tema 'Arraigados en el Corazón de Jesús y dando fruto'. Se invitó a los participantes a reflexionar sobre una vida arraigada en Cristo, unida al Corazón de Jesús y que da fruto a través de la oración y la solidaridad con los demás.





Fraternidad y Vivienda

La Campaña de la Fraternidad 2026 fue organizada por la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB). Como cada año, pretende conducir a la Iglesia en Brasil hacia una reflexión socioeconómica, política y religiosa más amplia y profunda, guiada por el Evangelio. La campaña de este año buscó sensibilizar a la sociedad sobre el derecho a una vivienda digna y la atención a las poblaciones vulnerables. Su tema es 'Fraternidad y Vivienda', y su lema: «Vino a habitar entre nosotros» (Jn 1,14).

Con este espíritu, después de pasar el tiempo de Cuaresma reflexionando sobre esta cuestión en todas las parroquias de la diócesis de Registro, nuestro obispo, Dom Manoel, MSC, propuso que emprendiéramos una acción concreta ayudando

a una o varias familias de nuestras parroquias que viven en situaciones precarias de vivienda —o que ni siquiera tienen una casa donde vivir—. La parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Barra do Turvo, São Paulo —motivada y animada por el párroco, P. Aloir Salla, MSC, y el vicario, P. Robson Pires, MSC—, puso en marcha una rifa para recaudar fondos, comprar materiales de construcción y ayudar así a una familia que no tiene dónde vivir. En abril, después de Pascua, comenzó la construcción gracias a la disponibilidad de algunos feligreses para ofrecer voluntariamente su tiempo.

De este modo, con algo más que reflexión, o más que simples palabras, damos testimonio del Reino mediante nuestras acciones, siempre en apoyo de nuestros hermanos y hermanas —especialmente los menos favorecidos—, tan queridos por Jesús.

Robson a Silva Pires, MSC. Provincia de Curitiba



La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús

El viernes 12 de junio de 2026, día de la Fiesta del Sagrado Corazón, nos reunimos en Borgerhout con nada menos que 30 miembros de la Familia Chevalier. La celebración eucarística fue presidida por el P. Bart Devos, y

después hubo un agradable aperitivo y almuerzo, una generosa oportunidad para reencontrarnos en un ambiente festivo después del invierno.

André Claessens, MSC. MSC de Bélgica



Oficina de Misiones USA

En 2021, el Hno. James Miller, MSC, inició un programa de acción misionera para personas de países pobres que necesitan agua limpia para beber y para el saneamiento. Los Hnos. Hung Ngyuen, MSC, Warren Perrotto, MSC, miembros de los Laicos de la Familia Chevalier y otras personas laicas se unieron al Hno. Jim para formar un equipo dedicado a los proyectos Water4Life.

“Arraigados en la espiritualidad del Sagrado Corazón del P. Julio Chevalier, los Misioneros del Sagrado Corazón y las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón, junto con colaboradores laicos, se acercan a los miembros más vulnerables de la sociedad, especialmente en las regiones donde los MSC sirven en misiones”. (Declaración de Misión)

Juntos, leyendo los signos de los tiempos, discernimos la voluntad de Dios, que nos llama a nuevas formas de servicio, local y globalmente, para que el Sagrado Corazón de Jesús sea conocido y amado en todas partes. Instalamos pozos de agua y sistemas de filtración en comunidades de diferentes países.

Asimismo, se distribuyen kits de purificación de agua en zonas afectadas por desastres naturales. Hoy, reactivamos nuestro programa en 2005.

Aunque los miembros de nuestra orden religiosa se están haciendo mayores, seguimos queriendo marcar una diferencia en nuestro mundo, tan necesitado. Aunque celebramos nuestro último gran acto de recaudación de fondos en octubre de 2022, hemos seguido ayudando a algunos proyectos: uno en Senegal, África, para una bomba y un depósito de un pozo de agua; uno en Vietnam para un sistema de agua limpia; y un gran sistema de fosa séptica para una escuela en la República Dominicana. Se financiaron con el excedente de las donaciones recibidas en 2022, además de otras donaciones que pudimos solicitar en los años transcurridos desde entonces. Si desea ponerse en contacto, puede escribir o llamar al Hno. Warren Perrotto, MSC, en wperr7777@gmail.com o por WhatsApp, +1 (630) 337-2371.

Equipo Water4Life: Hno. Hung Nguyen, Hno. Jim Miller, MSC, Hno. Warren Perrotto, MSC, Hna. Lisa Valentini, MSC, Toni Trigiani, Louri Vale, Theresa Park.

Warren Perrotto, MSC. Provincia de EE. UU.

Celebración de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la Casa General de los MSC en Roma



El 12 de junio de 2026, toda la familia de los Misioneros del Sagrado Corazón (MSC) celebró con gran alegría la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la Casa General de los MSC en Roma. Esta celebración fue una ocasión especial para renovar el compromiso con una vida y una misión arraigadas en la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús, fuente del amor que inspira e impulsa la misión de la Iglesia.

La celebración comenzó con una misa presidida por el Superior General de los MSC, Mario Abzalón Alvarado, MSC. En su homilía, animó a todos a tomar conciencia de lo que denominó «corazones artificiales» y «espiritualidad artificial»: formas de vida que pueden seguir siendo activas y productivas, pero que han perdido su centro: el amor. A su juicio, la esencia de la vida cristiana no reside únicamente en la eficiencia o el éxito, sino en el amor que brota del Corazón de Cristo. Subrayó que la misión de la Iglesia y de los MSC consiste en ayudar a

la humanidad a seguir siendo verdaderamente humana, recorriendo el camino de la cabeza al Corazón de Cristo, donde encuentran su fuente el amor, la compasión y la misericordia. Esta celebración eucarística se vivió también en acción de gracias por los 25 años de vida religiosa de Darwin Tatheus, MSC, y Richard Suresh, MSC. Este jubileo brindó la oportunidad de reflexionar sobre la fidelidad de Dios, que ha acompañado continuamente su camino vocacional, y de servir de inspiración para los demás miembros de los MSC.

Tras la celebración eucarística, el encuentro continuó con una recepción a la que asistieron miembros de la comunidad, amigos e invitados, entre ellos el embajador de la República de Indonesia ante la Santa Sede. Un ambiente de comunión y alegría caracterizó el encuentro, fortaleciendo los vínculos de fraternidad en el espíritu del Sagrado Corazón de Jesús.

Bram Tulusan, MSC. Provincia de Indonesia

La fiesta de Nuestra Señora del Sagrado Corazón

La fiesta de Nuestra Señora del Sagrado Corazón se celebró el 30 de mayo de 2026 en el Santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en Roma, y contó con la presencia de la Familia Chevalier y otros invitados. La celebración comenzó con una misa presidida por el obispo Fernando Panico, MSC, asistido por el Superior General y varios sacerdotes. En un ambiente de oración y fraternidad, se invitó a los fieles a seguir el ejemplo de la Santísima Virgen María como madre del Sagrado Corazón de Jesús, quien guía constantemente a los fieles hacia el amor de Cristo. Tras la misa, todos los participantes continuaron con las celebraciones en una recepción celebrada en la comunidad MSC de la Piazza Navona.

Bram Tulusan, MSC. Provincia de Indonesia



Reunión de la Red de Comunicación MSC

La 2ª Reunión Provincial de Comunicadores MSC se llevó a cabo en São Paulo del 24 al 26 de abril, con el tema: «Comunicar desde el corazón: una política de comunicación al servicio de la misión MSC». Al encuentro asistieron representantes de PASCOS (Comunicación Pastoral) de escuelas y parroquias MSC de São Paulo (tanto de la capital como del interior, incluyendo Itapetininga, Campinas, Bauru y Pirassununga), Minas Gerais, Ceará y Maranhão, así como de la Provincia MSC de Curitiba.

El objetivo de la reunión fue aclarar la Política de Comunicación de los MSC, un documento que orientará la forma en que deben proceder los representantes de PASCOS vinculados a los MSC, para que las actividades en el ámbito de la comunicación estén alineadas con la identidad y los valores de la Congregación.

Durante la sesión de capacitación, el profesor Ricardo Alvares, quien cuenta con un doctorado en Comunicación Social, presentó una visión general detallada de toda la Política de Comunicación, la cual se desarrolló en colaboración con la red de comunicadores durante los últimos años y fue aprobada por la Asamblea de los Misioneros del Sagrado Corazón de la Provincia de São Paulo; además, propuso actividades prácticas para los participantes.

El evento concluyó el día 26 en el Santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Vila Formosa, con una Santa Misa presidida por el padre Lucemir Alves Ribeiro, MSC, quien también estuvo presente en el evento.

Juliana Fontanari, periodista, miembro de PASCOS Brasil y de la Red de Comunicadores MSC.



Ordenación presbiteral

El pasado 30 de abril de 2026, cuatro MSC fueron ordenados al orden presbiteral por el arzobispo de Cebú, Su Excelencia Reverendísima Albert UY, DD. La ordenación se llevó a cabo en el Santuario Nacional de la Parroquia de Nuestra Señora de Regla. En las fotos, de izquierda a derecha, los MSC recién ordenados son el Rev. P. Primitivo Danao, Jr., MSC, el Rev. P. John Erwin Reyes, MSC, el Rev. P. Diomiel Carpenteros, MSC, y el Rev. P. Franz Kim Pelare, MSC.





Estreno de la película del P. Emiliano Tardif, msc

‘Día Ocho: El Soplo del Espíritu’ es el nombre de la película que narra la historia real del P. Emiliano Tardif, msc. Un canadiense que desarrolló su labor misionera en República Dominicana antes de convertirse en una figura emblemática de la Iglesia Católica a nivel mundial. Conocido por su unción carismática y sus acciones milagrosas, Tardif convocaba las celebraciones de sanación masivas los días 8 de cada mes, de donde proviene el título de la película. Actualmente, su legado continúa vivo mientras la Santa Sede avanza en su proceso de beatificación tras ser declarado Siervo de Dios. La trama, inspirada en hechos reales, aborda temas de resiliencia familiar, esperanza y redención. En definitiva, la película transmite un mensaje de fe y esperanza en medio del sufrimiento y las dificultades. A través del encuentro con el Dios vivo, cada persona puede encontrar luz y fortaleza para

enfrentar los momentos más difíciles de la vida. De esta manera, también es posible superar el propio cierre interior y abrirse al otro, al amor y a la sanación.

La película tiene como hilo conductor la realidad que está viviendo Yira Sandoval, una joven y popular ‘influencer’ que vive buscando notoriedad en las redes sociales. Distanciada de la fe y con una tensa realidad familiar, su mundo da un giro drástico ante la enfermedad incurable de su hermana pequeña. En medio de su angustia, Yira descubre al P. Emiliano Tardif.

La película se estrenó en España, casualmente, el 8 de mayo, como si se tratase de una convocatoria a las celebraciones de sanación masiva que realizaba el P. Emiliano Tardif los días 8 de mes.

Javier Trapero. España

PROFESIONES Y ORDENACIONES* (Abril-junio 2026)

VOTOS PERPETUOS

Nombre	Entidad	Fecha
Willy MAGBELA ITELE, Guy KODORO NZANGA, SUKAMA POLA Robert, ATANGANA Dieudonné Espoir, ABOLO ATANGANA Junior Boris, TIA MELI Guillaume Boris, BOLIMIALIMIA IKONGE Emmanuel	UAF	21.04.2026
Edwin Fredrick, Pothuraju Raju, Jaswin Dehan Praveen & Vijay Kumar	India	19.05.2026
Kien Trung PHAN	Australia	29.06.2026

ORDENACIONES SACERDOTALES Y DIACONADOS

Nombre	Entidad	Fecha
Bwebwentetaake KOUEN (P)	Islas del Pacífico	23.04.2026
Erick Bryan de MATTOS (D)	São Paulo (Brasil)	27.04.2026
Nicolás Castrillo TZUNIX (P)	América Central y México	27.04.2026
Edgar Anibal CORDERO ORDOÑEZ (P)	América Central y México	11.05.2026
Diego Omar ZAMBRANO CHAVARRÍA (P)	Curitiba (Brasil)	11.05.2026
Petrus Eki LEHALIMA, Yohanes ESSEREY, Belly Yoakhim RESUBUN, Theofilus MANUNWEMBUN (P)	Indonesia	26.05.2026
Meibivis Xaverius ROTIKAN, Joseph Kanar THETHOOL, Mario Mikael MENGKO, Basilio Bryan de Mang NUKAK, Ekanisius DEDIANTO, Eusebius Vercelli So'o KOWE, Fransiskus Mario CHARLOS, Jeffrey CLAUDIUS (D)	Indonesia	26.05.2026

* Aprobación de solicitudes

NECROLOGIUM (Miembros fallecidos de abril-junio 2026)

Nombre	Provincia	Fecha	Lugar
Eamonn DONOHUE	Irlanda	09.04.2026	Galway, Irlanda
Jan Jetse BOL	Países Bajos	18.04.2026	Tilburg, Países Bajos
Jim Littleton	Australia	06.05.2026	Douglas Park, Australia
Jakob Förg	Sur de Alemania y Austria	09.05.2026	Austria
Archimedes TAPANG	Filipinas	11.06.2026	Filipinas
Johanis Nangkoda Salaki	Indonesia	17.06.2026	Kakaskasen, Indonesia



Misioneros del Sagrado Corazón
Via Asmara 11, 00199. Roma, Italia.
communications@msc-chevalier.org
Corrección español: Javier Trapero



Misioneros del
Sagrado Corazón

